

**LA PERSPECTIVA DE MÉXICO
UNA DEMOCRACIA DEL PUEBLO**

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO



Vicente
Lombardo
Toledano

OBRA
HISTÓRICO-
CRONOLÓGICA

TOMO V / VOLUMEN 20
1955



Centro de Estudios
Filosóficos, Políticos y Sociales
Vicente Lombardo Toledano

Coordinación del proyecto: Marcela Lombardo Otero

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS, POLÍTICOS
Y SOCIALES "VICENTE LOMBARDO TOLEDANO"

DIRECCIÓN GENERAL

Marcela Lombardo Otero

SECRETARÍA ACADÉMICA

Raúl Gutiérrez Lombardo

COORDINACIÓN DE INVESTIGACIÓN

Violeta Aréchiga Córdova

COORDINACIÓN DE SERVICIOS BIBLIOTECARIOS

Javier Arias Velázquez

COORDINACIÓN DE PUBLICACIONES Y DIFUSIÓN

Fernando Zambrana

Primera edición 2005

© CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS, POLÍTICOS
Y SOCIALES "VICENTE LOMBARDO TOLEDANO"

Calle V. Lombardo Toledano num. 51

exHda. de Guadalupe Chimalistac

México, D.F. c.p., 01050

tel: 5661 46 79, fax: 5661 17 87

lombardo@servidor.unam.mx

<http://www.centrolombardo.edu.mx>

ISBN (Obra general) 968-29-5979-9

ISBN 968-5721-34-3

La edición y el cuidado de este libro estuvieron a cargo
de las coordinaciones de difusión
y de investigación del CEFPSVLT

LA PERSPECTIVA DE MÉXICO, UNA DEMOCRACIA DEL PUEBLO

PROFUNDA CRISIS HISTÓRICA

Vivimos hoy en uno de esos grandes periodos de la historia que podrían llamarse "crisis de tránsito". El régimen capitalista ha dejado de ser el sistema social hegemónico en el mundo. Ha surgido el régimen socialista, que agrupa en su seno a casi la mitad de la población de la Tierra. Los dos sistemas sociales —el capitalismo y el socialismo— se basan en conceptos diferentes de la vida económica, política, social y cultural, provocando, con su antagonismo, el debate ideológico más grande de los siglos y las contradicciones más profundas que registra la historia en el campo de la economía y de la vida política.

Sin conocer el meollo de esta crisis histórica no se puede llegar a conclusiones válidas en el terreno de la política internacional ni en el ámbito de la vida interior de los diferentes países del mundo, porque la crisis de tránsito ocurre en todas partes, lo mismo en las naciones de gran desarrollo industrial que en los países atrasados que tienen formas primitivas de la evolución histórica.

Pretender juzgar los acontecimientos de nuestra época al margen de la gran crisis que la caracteriza o tratar de explicarla sirviéndose de anécdotas intrascendentes o de los argumentos absurdos de la propaganda dedicada a confundir a los pueblos y a paralizar su acción, puede ser un entretenimiento, pero no una

actitud válida para el conocimiento de la verdad y la solución adecuada a los grandes problemas nacionales e internacionales.

Hace ocho años que un grupo numeroso de mexicanos distinguidos en diversas actividades se dio a la tarea de formar un nuevo partido político. ¿Cuáles fueron las causas verdaderas de ese propósito? Es útil recordarlas:

Los iniciadores de la creación del Partido Popular, mucho antes de poner manos a la obra, vivíamos con dos grandes preocupaciones: la quiebra cada vez más visible de la burguesía dirigente de la Revolución iniciada en 1910, y el fortalecimiento, cada vez mayor, del imperialismo norteamericano.

Era claro para nosotros que la Revolución Mexicana no podía seguir viviendo exclusivamente con las consignas de Reforma Agraria, legislación del trabajo, escuelas y servicios públicos. Era evidente que si la Revolución no establecía las bases para la independencia económica de la nación, todo lo logrado hasta entonces estaba amenazado de muerte y, en lugar del desarrollo de las fuerzas productivas y de la posibilidad de relaciones más justas en el campo de la producción, el país se paralizaría ante la intervención sistemática y cada vez más audaz de las fuerzas económicas del extranjero.

El 4 de septiembre de 1944, en nombre de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), de la Confederación Nacional Campesina (CNC) y de la Confederación de Organizaciones Populares (COP), ante la reunión de los más importantes sectores democráticos de nuestro país, presenté en esquema el Nuevo Programa de la Revolución Mexicana. Este programa consistía, medularmente, en establecer las bases para el desarrollo rápido de las fuerzas productivas y particularmente de la industria moderna, como condición para la cabal autonomía nacional y la superación de nuestro régimen democrático.

Con el mismo propósito, después del examen atento de la situación y de las perspectivas inmediatas, los elementos representativos de la industria mexicana y el movimiento obrero, organizado entonces, en su mayoría, en la Confederación de Trabajadores de México, firmaron un pacto conocido con el nombre de Pacto Obrero Industrial, el 7 de abril de 1945, en el cual los dos sectores se comprometían, respetando su independencia y sus objetivos de clase, tanto inmediatos como futuros, a luchar en un

amplio frente nacional para dotar a nuestro país de la industria básica y acelerar el desarrollo de la industria dedicada a los productos de consumo, con recursos nacionales y con vistas a elevar el nivel de vida del pueblo y asegurar la independencia de la nación.

En plena Segunda Guerra Mundial, prestando el apoyo más activo y entusiasta a las fuerzas representadas por las Naciones Unidas, señalamos públicamente la necesidad de impedir, en cuanto la guerra concluyera, las consecuencias de la expansión del imperialismo yanqui y su intervención en la vida interior de las naciones latinoamericanas.

Estos son algunos de los acontecimientos ligados estrechamente a la idea de constituir el Partido Popular. El antecedente inmediato fue la Conferencia de Mesa Redonda, integrada por los elementos marxistas de México, realizada en el mes de enero de 1947, para discutir el tema: Objetivos y táctica del proletariado y del sector revolucionario de México en la actual etapa de la evolución histórica del país.

Después de un detenido análisis del panorama internacional y nacional, propusimos en esa conferencia la creación de un partido nuevo en la historia de las luchas políticas de México. Un partido de masas para defender la independencia nacional, elevar el nivel de vida del pueblo, promover e impulsar la verdadera industrialización del país, mantener y ampliar las libertades democráticas y evitar que la nación se subordinara a intereses ajenos. Un partido democrático, nacional, revolucionario, antimperialista, integrado por obreros, campesinos, intelectuales progresistas y otros núcleos de la pequeña burguesía de la ciudad y del campo.

Poco tiempo después, los iniciadores del Partido Popular recorriamos el país para invitar al pueblo a sumarse a la tarea de formar el partido. Las masas obreras y campesinas, los maestros de escuelas, los intelectuales y artistas, las mujeres y la juventud, acogieron con entusiasmo la idea de crear el nuevo partido político.

El 20 de junio de 1948, después de más de un año de trabajos preparatorios, nació el Partido Popular, en la Ciudad de México, por decisión de miles y miles de trabajadores manuales e intelectuales en una asamblea que es ya histórica.

Durante los años que tiene de vivir, el Partido Popular ha sido fiel a los antecedentes que lo hicieron posible y a sus propios

objetivos programáticos. El Partido Popular forma parte de la estructura política de México y ha logrado el mayor honor a que un partido puede aspirar en cualquier país del mundo: el de ser un instrumento consecuente y fiel de los intereses del pueblo y de la nación mexicana, de los principios democráticos y de la fraternidad y la paz entre las naciones de la Tierra.

EL PANORAMA INTERNACIONAL

La historia de la humanidad principia con el advenimiento de la esclavitud. Registra después, como paso progresivo, al régimen del feudalismo; posteriormente al sistema capitalista y en la época contemporánea al régimen socialista.

En el seno del sistema esclavista se engendraron las fuerzas sociales que lo destruyeron y abrieron paso al feudalismo. Este, a su vez, provocó la formación de las fuerzas que lo liquidaron e hicieron posible el surgimiento del capitalismo. En el interior del capitalismo nacieron las fuerzas sociales que en muchas partes del mundo lo han remplazado ya, y han establecido el sistema socialista.

La esclavitud fue un sistema social más avanzado que el comunismo primitivo. El feudalismo fue un régimen más adelantado que la esclavitud. El capitalismo fue un sistema mucho más progresista que el feudalismo y el socialismo es un sistema social más avanzado que el capitalismo. La historia no marcha nunca hacia atrás, aun cuando en el tránsito de un sistema social a otro haya periodos de estancamiento o de retroceso transitorio. No marcha hacia atrás porque las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad humana son leyes objetivas, leyes naturales, independientes del pensamiento del hombre, y porque el hombre se caracteriza por su afán de mejoramiento y ha abrigado siempre, en lo profundo de su ser, el ideal de plenitud, de armonía perfecta de las facultades biológicas, intelectuales y espirituales de la persona, que sólo puede darse en una comunidad que haga posible ese anhelo para todos los individuos que la integran.

La naturaleza, de la cual forma parte la sociedad humana, está sujeta a normas que tienen realidad y vigencia por sí mismas. El hombre completa la acción de esas leyes, de las cuales es producto, utilizándolas en provecho de sus propias necesidades y deseos, y

acelera el progreso, haciendo posible que la sociedad alcance nuevas etapas, superiores a las precedentes.

En estos ocho años se han operado en el mundo grandes cambios que han transformado de manera profunda la situación internacional y han influido, como tenía que ocurrir, en la vida de México. Es necesario, aun cuando sea de manera enunciativa, recordar los principales.

El resultado más importante de la Segunda Guerra Mundial fue la formación del campo mundial del socialismo, presidido por la Unión Soviética y la República Popular de China. Este campo está constituido por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la República Popular de China, la República Popular Polaca y la República Checoslovaca; la República Democrática Alemana, la República Popular Húngara, la República Popular Rumana, la República Popular de Bulgaria, la República Popular de Albania, la República Democrática Popular de Corea, la República Popular de Mongolia y la República Democrática de Vietnam.

Esos países se encuentran en diferentes grados de evolución social, pero lo característico de todos ellos es que han roto definitivamente con el sistema capitalista y marchan hacia el régimen socialista.

La correlación de fuerzas entre los dos sistemas sociales que coexisten en el mundo ha cambiado en los últimos años en favor del socialismo.

Pasando del escenario mundial al de los diferentes continentes de la Tierra, es necesario considerar, ante todo, los cambios ocurridos en Europa. De los seiscientos millones de habitantes que constituyen su población, cerca de trescientos millones han entrado ya, con firmeza, en el campo del socialismo. La fuerza de esos países, en todos los órdenes, es equivalente a la que representan los países del sector capitalista.

En Asia ha habido cambios trascendentales también. De los mil cuatrocientos millones de personas que constituyen la población de Asia —más de la mitad de la población total del mundo— cerca de la mitad vive en un régimen nuevo que marcha hacia el socialismo. Pero hay otros cambios importantes: desapareció la India como una colonia del Imperio Británico y ha surgido la República de la India. Como resultado de este hecho, la India desempeña hoy un papel muy valioso no sólo en la política de los

países asiáticos, sino en el campo de la política mundial. Se han emancipado, asimismo, del régimen colonial, Indonesia y Birmania, que se agregan a la lista de las naciones independientes. El fruto inmediato de estos hechos es la próxima reunión de la Conferencia Afro-Asiática, la cual, independientemente de sus resultados, demuestra que la época de la intervención de las potencias occidentales para decidir la suerte de los países de Asia ha terminado para siempre.

En el Cercano Oriente y en el Oriente Medio han ocurrido también cambios de gran trascendencia. El movimiento de liberación nacional ha adquirido fuerza entre todos los países de esa región. Los pueblos luchan por su independencia y por sustraerse a la presión de las potencias occidentales que tratan, principalmente, de explotar sin límite sus grandes riquezas petrolíferas, provocando conflictos constantes por apoderarse del botín.

En África, aun cuando la mayoría de su población vive todavía bajo el régimen colonial, es evidente que en un lapso relativamente corto sacudirá ese yugo y logrará su independencia.

Juzgando superficialmente el panorama que presenta el continente americano, se podría decir que esta importante región del mundo se halla al margen de las luchas y de los cambios ocurridos en los otros continentes. Pero la realidad es otra.

La América Latina, como lo proclaman abiertamente los capitanes de los monopolios de los Estados Unidos, es el *hinterland* del imperialismo yanqui.

En el pasado, la acción económica, militar y política estadounidense estuvo circunscrita a partir de la anexión de la provincia mexicana de Texas, en 1836, a los países situados entre la frontera de los Estados Unidos de América y el istmo de Panamá, y no fue una acción simultánea. Ahora, la intervención del imperialismo es general, desde México hasta los países del Plata, desde las Antillas hasta el Brasil, y abarca todos los aspectos de la vida nacional y de las relaciones de la América Latina con otras regiones del mundo.

Si no se observan todavía, como ocurre en Europa, en Asia, y en África, movimientos de importancia decisiva de las fuerzas progresistas en la América Latina, se debe al atraso de la organización política de sus pueblos.

La lucha entre la corriente liberal y la conservadora, que caracterizó durante el siglo XIX a estos países, está rebasada por los acontecimientos provocados por las dos guerras mundiales. La quiebra del liberalismo es completa. Ha desaparecido como una fuerza renovadora y sus elementos más característicos se han unido a los conservadores o se han puesto al margen de la vida pública; algunos se han unido a las masas populares.

Pero en la medida en que el imperialismo yanqui interviene en la vida interior de los pueblos latinoamericanos, distorsionando su economía, impidiendo su desarrollo autónomo, suprimiendo su débil régimen democrático y tratando de borrar sus formas culturales propias, la conciencia antimperialista y las masas populares empiezan a luchar en medio de todas las adversidades y logran victorias.

La intervención armada de los Estados Unidos en Guatemala, que produjo la caída del gobierno constitucional del país, levantó la protesta general de los pueblos latinoamericanos como ningún otro hecho desde su independencia política de España y Portugal. Esa protesta prevalece, robustecida por las nuevas manifestaciones de inconformidad, que surgen todos los días a causa de la constante intervención del imperialismo, empeñado en hacer de las veinte repúblicas, colonias que giren resignadamente en su órbita.

No es sólo la política del apoderamiento y de la explotación irracional de los recursos naturales en los países latinoamericanos, ni la inversión de los capitales norteamericanos en condiciones de privilegio lo que subleva a nuestros pueblos y enfrenta a los patriotas con el imperialismo y sus aliados y agentes, sino también el hecho de que, en todas partes, éste pretende crear gobiernos fuertes, es decir, dictaduras unipersonales, así como la norteamericanización de miles de jóvenes, de obreros, intelectuales y funcionarios públicos, que reciben educación política en los Estados Unidos y regresan a sus países para someterlos a los intereses del imperio.

La agitación popular en las Antillas es cada vez más grande. Los tiranos se mantienen allí por el poder de las armas, burlando y sacrificando al pueblo diariamente. Esa situación no puede conducir, a la larga, a la victoria del imperialismo norteamericano

ni a la permanencia firme de sus representantes al frente de los gobiernos antillanos.

En la América Central, después de la caída del gobierno democrático de Guatemala, la situación no es de tranquilidad interior ni de sometimiento voluntario a los tiranos ni al imperialismo que los respalda. Por el contrario, es una situación de inconformidad que crece, se manifiesta de mil maneras y nadie podrá impedir que estalle en violencia en el momento propicio.

En Venezuela, la tiranía es ya símbolo internacional de la opresión. No bastan las cárceles del país para alojar a los presos políticos. Esa situación está destinada a engendrar una oposición todavía mayor, que dará al traste con el régimen tiránico.

En Colombia, la liquidación del Partido Liberal como fuerza política, por haber hecho posible el triunfo del Partido Conservador, que emplea medidas medievales y tiene una concepción sombría de la vida pública, engendró la revolución, que no sólo no ha sido vencida, sino que cada día ocupa nuevas regiones del territorio nacional, en donde ha establecido un régimen democrático apoyado por el pueblo.

Si se examina la situación de los demás países de la América del Sur, se llega a una conclusión idéntica: independientemente de que los gobiernos mantengan o no las formas constitucionales, la lucha se delimita más y más, de manera profunda, en dos campos: el de la independencia nacional y la vigencia de las libertades democráticas, por una parte, y el de la opresión política y el sometimiento del país a los dictados del imperialismo norteamericano. El alineamiento de estas fuerzas opuestas, que abarca a todas las clases sociales, no puede conducir históricamente al triunfo del imperialismo ni de las fuerzas reaccionarias nacionales, sino a la victoria de las fuerzas patrióticas y progresistas.

Sin embargo, lo que ha ocurrido hasta hoy en el mundo es sólo el principio de la gran crisis del tránsito histórico. Lo que va a suceder mañana es algo mucho más importante. No hay que olvidar que el mundo capitalista, ya reducido considerablemente desde el punto de vista de su área geográfica, vive amenazado por nuevas crisis económicas. La Segunda Guerra Mundial agravó considerablemente la crisis general del sistema capitalista mundial. Producto de ese agravamiento son el establecimiento del sector mundial socialista; la destrucción del mercado mundial

único y omnímodo; la existencia de dos mercados mundiales paralelos y opuestos y, por tanto, el debilitamiento político del mundo capitalista.

Tres hechos, que es menester repetir cuantas veces sea necesario, caracterizan al mundo capitalista de nuestra época: la intensificación de la lucha de clases, principalmente en los países de gran desarrollo industrial; la rebelión de los países coloniales y semicoloniales contra las metrópolis imperialistas, y las rivalidades interimperialistas. No sólo es mucho más débil hoy el sistema capitalista que en el pasado inmediato, sino que es un régimen social condenado históricamente a desaparecer, por sus contradicciones congénitas. Por estos motivos, las clases dominantes en los países del campo del imperialismo quieren reconstruir el mercado mundial único, el sistema social único, roto desde 1917 por la Revolución Socialista de Octubre en Rusia, e influir decisivamente en la vida económica y política de todos los países del planeta. Para lograr este objetivo preparan una nueva guerra mundial. Esa guerra, según sus planes y sus propósitos francamente declarados, sería una guerra de clases; la preparación y la unificación de todos los países capitalistas y dependientes, bajo la dirección del imperialismo norteamericano, para la destrucción del socialismo, y el nuevo florecimiento del régimen capitalista. Una resurrección teóricamente imposible, históricamente absurda y prácticamente irrealizable.

LA LUCHA UNIVERSAL POR LA PAZ

El imperialismo ha dividido al mundo en dos campos: el de la guerra y el de la paz. Desde el punto de vista profundamente humano, no hay ningún pueblo que quiera la guerra. No hay ningún hombre, ninguna mujer, ninguna persona equilibrada que desee la matanza entre los pueblos o la destrucción de los bienes materiales, muchos de los cuales no pueden reconstruirse porque son producto de civilizaciones ya idas u obras de arte imposibles de imitar. Sin embargo, las fuerzas del imperialismo trabajan por la guerra, porque acarician la ilusión de rejuvenecer el sistema capitalista, una vez lograda la derrota de los países del socialismo, mediante procedimientos que sus propios ideólogos

no pueden definir y que equivalen a la esperanza en lo sobrenatural, a la confianza en el milagro.

Es lógico que el campo de la paz esté presidido por los pueblos de la Unión Soviética y de los países que caminan hacia el socialismo, porque la guerra siempre ha sido el enemigo mortal de la construcción de un nuevo régimen en la historia. La política internacional de un país, o de una serie de países, es siempre el reflejo directo o la extensión de su política interior. En el seno de los países socialistas la violencia ha sido desterrada para siempre, en todos sus aspectos, porque han desaparecido las clases sociales y, por tanto, la lucha entre ellas. Si hay en esos países un equilibrio previsto, planeado y controlado, entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción; si la explotación de los hombres por los hombres ya no existe, su política internacional tiene que ser una política de paz y de fraternidad con todos los pueblos del mundo, independientemente de su importancia demográfica y del sistema social que hayan libremente adoptado. Si los países socialistas luchan por la paz, es porque la necesitan para poder realizar sus planes domésticos; para impedir que una nueva guerra paralice, como ocurrió con la anterior, la construcción socialista, y todos sus recursos humanos y materiales tengan que ser puestos al servicio de la defensa de su patria.

Es comprensible también que fuera de los países socialistas el campo de la paz esté integrado por las enormes mayorías de trabajadores manuales e intelectuales, para quienes la guerra no es sino la muerte, la miseria, la desesperación y la perspectiva de más privaciones y de nuevas angustias. En este campo militan no sólo los obreros y los campesinos, sino también los industriales y los agricultores que desean el desarrollo sano de sus negocios. La guerra para ellos puede ser la pérdida de todos sus intereses materiales y, desde el punto de vista humano, corren los mismos peligros que sus semejantes.

Es natural que en el campo de la paz militen los hombres de ciencia, los intelectuales y los artistas de los países capitalistas y coloniales, porque forman el sector social más preparado para entender todas las consecuencias de una nueva guerra.

Cuantitativamente examinado, el campo de la paz es el más grande del mundo. Cualitativamente considerado, es la fuerza decisiva de la historia. De ahí que el plan del imperialismo, de

provocar una nueva guerra mundial, haya fracasado hasta hoy. Pero este hecho no quiere decir que la guerra sea imposible. Las grandes aventuras de dominación no siempre han sido planeadas y dirigidas por la lógica y la razón estricta. Por eso el mundo de hoy se encuentra amenazado de muerte. Por eso también el movimiento de la paz se refuerza y logra constantes victorias.

En febrero de 1954 se celebró la conferencia de Berlín, en la que participaron los ministros de Relaciones Exteriores de Francia, Inglaterra, los Estados Unidos y la Unión Soviética. No obstante su aparente fracaso, esa conferencia tuvo una gran importancia porque, después de cinco años de tensión internacional, se dio principio a nuevas reuniones entre las grandes potencias, para arreglar los conflictos, y porque la Conferencia de Berlín acordó que debía convocarse una nueva junta, que se realizó en Ginebra. En ésta participó la República Popular de China; se logró un acuerdo sobre el cese de la guerra en Vietnam, que tenía ya ocho años, y la suspensión de las hostilidades en Laos y Camboya.

Para contrarrestar los resultados de la Conferencia de Ginebra, el imperialismo yanqui provocó una reunión en Manila, en la cual se firmó el llamado Tratado de Defensa Colectiva del Sureste de Asia (SEATO). Los únicos países asiáticos que figuraron en ella fueron Filipinas, Tailandia y Pakistán. Esto demuestra que cada vez que se logra un alivio en la tensión internacional, el imperialismo norteamericano trata de contrarrestar ese paso y da otros para mantener vivo el peligro de guerra.

Ahora el imperialismo yanqui pretende retener en sus manos la isla de Taiwán (Formosa), como una posición estratégica con el argumento ridículo de que en ella radica el gobierno legítimo de China, y acusa al gobierno de la República Popular, presidido por Mao Tse-tung, de "agresor" contra una parte del territorio de su país.

Este es el caso más escandaloso que registra la historia diplomática del mundo. No sólo en la declaración de El Cairo, de 1943, y en la declaración de Potsdam, de 1945, firmadas por los Estados Unidos y la Gran Bretaña, se aceptó expresamente el derecho de China para recobrar la isla de Taiwán y otras que le pertenecen, sino que en el Acta de Capitulación del Japón se impone a éste la obligación de devolverlas a China, a la que le fueron arrebatadas desde fines del siglo XIX.

Por lo que a Europa se refiere, la situación actual es grave. El problema alemán es el más importante de todos los conflictos europeos. La coalición antifascista convino en que después de derrotadas las fuerzas de Adolfo Hitler debía asegurarse el desarrollo de Alemania como Estado unificado, pacífico y democrático. Pero el imperialismo yanqui está armando a la porción occidental para usarla como fuerza de agresión contra los países socialistas y contra los demás pueblos de Europa. Sin embargo, la oposición al rearme de los hitleristas es fuerte en toda Europa y en Alemania, porque la experiencia ha demostrado que cada vez que se levanta el viejo ejército prusiano se ensangrienta el mundo.

En un ámbito mayor, todos los días se multiplican los tratados para formar nuevos bloques agresivos. El primero fue el Bloque del Atlántico Norte, creado por la alianza anglo-norteamericana bajo la dirección de los Estados Unidos. La integran los Estados Unidos de América, Inglaterra, Francia, Italia, Canadá, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Dinamarca, Noruega, Islandia, Portugal, Grecia y Turquía. Existen, además, otros convenios político-militares: el Tratado entre los Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda; el Tratado entre los Estados Unidos y Japón; el Tratado del Sureste de Asia; el Tratado entre los Estados Unidos y el gobierno pelele de Corea del Sur; el Acuerdo entre los Estados Unidos, Francia y la parte de Vietnam que gobierna Bao Dai, y Laos y Camboya.

Esos bloques están apoyados en una producción bélica cada vez más intensa. En los Estados Unidos, los gastos militares directos e indirectos ascienden a los dos tercios del presupuesto nacional. En esta proporción, más o menos se hallan los gastos de los otros grandes países capitalistas. Si las armas se producen en tal magnitud, es evidente que se tiene la intención de emplearlas.

Sin embargo, el ritmo de la producción industrial en los Estados Unidos ha descendido, a pesar de que la industria de guerra representa cerca del 25 por ciento de la producción industrial norteamericana y, por añadidura, el gobierno sigue la política de sabotear la ampliación del comercio internacional, lo cual significa que la producción yanqui disminuye sus mercados posibles y está en peligro de no poder mantener sus actuales niveles.

A proclamar la posibilidad y aun la necesidad de la guerra atómica están dedicados los gobernantes de algunos países capi-

talistas, y también los jefes de sus ejércitos. No se dan cuenta de que una campaña de esa naturaleza desconcierta principalmente a sus propios pueblos y no logra atemorizar a los amenazados por ellos.

Dentro de este escenario mundial se desarrolla la vida mexicana, en medio de contradicciones cada vez más claras y profundas, y de demandas categóricas del pueblo, que quiere un nivel de vida mejor, un sistema democrático verdadero y una política internacional que aleje a nuestro país de las exigencias deprimentes y ofensivas del imperialismo norteamericano.

Antes de entrar al examen del panorama nacional, es indispensable definir algunos conceptos relativos a la política, para evitar interpretaciones falsas de nuestras opiniones.

LA EVOLUCIÓN SOCIAL DEL PUEBLO MEXICANO

Así como la historia no se puede considerar como una relación de hechos, sino como el examen crítico de las causas que engendran los acontecimientos y de sus frutos, dando preferencia a las fundamentales, la política no se puede entender ni como una improvisación ni como un acto de voluntad de los hombres que asumen el poder, considerando al pueblo como una masa pasiva que puede ser dirigida, con mayores o menores dificultades, hacia donde los gobernantes quisieran.

La política es una ciencia, la ciencia del conocimiento de las leyes objetivas que rigen el desarrollo de la sociedad humana y de la utilización de esas leyes para garantizar el bienestar y acelerar el progreso de la humanidad en todos los órdenes. La política implica, por tanto, una teoría y una práctica. Los políticos que sólo opinan sobre los problemas de la sociedad, sin militar en la política, son *dilettanti*; los que actúan en la política sin ajustar su conducta a una teoría, son simples braceros de la política.

Sólo elevándose al plano sereno de la ciencia se puede hacer historia. Sólo elevándose al plano de la ciencia se puede hacer política. A la luz de estos conceptos es necesario recordar los antecedentes principales de la situación que vive el pueblo mexicano en la actualidad, para juzgar válidamente lo que ocurre y formular la perspectiva histórica.

Hasta hoy, la historia de nuestro país la han escrito, principalmente, dos tipos de historiadores: los de la corriente conservadora y los de la corriente liberal. Sus obras están plagadas de errores porque más que estudiosos del pasado, han sido defensores de una corriente ideológica y además unos y otros han carecido de un método científico para juzgar los hechos.

Los historiadores de la corriente conservadora sitúan la edad de oro de México en el periodo colonial. Todo alejamiento de esa etapa resulta para ellos una traición a las esencias de nuestro país y un camino equivocado que conduce al abismo. Los historiadores de la corriente liberal colocan a la edad de oro de México en el periodo dramático de la Guerra de Reforma, que forjó la República destruyendo el poder económico de la iglesia Católica.

No sabiendo analizar las causas profundas de la inconformidad del pueblo, que a veces estalla en luchas armadas, ambas escuelas históricas llegan a la curiosa conclusión de que el pueblo mexicano está condenado a vivir bajo la tiranía, que engendra a la revolución, y la revolución que, por el caos que produce, engendra otra vez a la tiranía. No han acertado a ver, ni antes ni hoy, el fondo del gran drama histórico de nuestro pueblo. Sin decirlo o sin saberlo, han coincidido muchas veces con la apreciación anticientífica y denigrante para nuestro país —que el imperialismo ha esparcido por el mundo— consistente en afirmar que el pueblo mexicano es belicoso por naturaleza, medularmente anárquico e incapaz de vivir trabajando de manera pacífica. Han sustituido las luces de la razón con su amargura y su decepción, propias de la clase social a la que pertenecen.

La conquista de México por los españoles del siglo XVI fue el sometimiento brutal de los pueblos indígenas que se hallaban en el periodo medio de la barbarie, pero que no obstante su gran atraso técnico y el escaso desarrollo de sus fuerzas productivas, habían logrado ya manifestaciones importantes de su civilización y de su cultura.

Esos pueblos fueron condenados a la esclavitud. Su organización tribal, basada en relaciones de parentesco, fue destruida; convertidos en ruinas sus edificios principales; quemados los documentos que guardaban su historia; rotas las esculturas de sus dioses, y perseguidos, por diabólicos, sus conceptos de la vida y del mundo.

El mestizaje —la descendencia de los españoles y las mujeres indígenas— fue también producto de la violencia, pues los conquistadores no realizaron su hazaña para civilizar a los indios, sino para servirse de su fuerza física y extraer los metales preciosos de las minas. La débil y no por eso menos brillante y venerable acción de los frailes humanistas que a esta tierra llegaron, junto con los hombres de armas, y se opusieron a su fiebre de riquezas, con los años acabó por anularse. Las Leyes de Indias, las recomendaciones y consejos, y aun las amenazas de los reyes de España contra los excesos de los conquistadores, cedieron también ante la necesidad que tenía la Corona de recibir el oro y la plata de México.

La colonia mexicana del Imperio Español, basada en la explotación de los nativos, a los que fueron agregados algunos esclavos negros traídos de África, estaba estructurada a semejanza de la organización económica y social de la metrópoli: control de la producción artesanal; control del mercado interior; prohibición de relaciones mercantiles libres entre las colonias americanas, entre las provincias de la misma colonia y entre los poblados de una provincia; monopolio del comercio exterior; preferencia de los españoles nacidos en España para ocupar los puestos públicos y los altos cargos eclesiásticos; censura de la literatura que podía leerse; autorización previa para publicar libros; persecución de las ideas contrarias a la filosofía y al pensamiento político ortodoxos; pena de muerte para los convictos o sospechosos de infidelidad al régimen establecido.

Este sistema social engendró la rebelión de los indígenas, de los negros, de los mestizos y de los criollos, hijos de españoles nacidos en México, desde los primeros años posteriores a la conquista. Sólo el pueblo chino tuvo tantas o más rebeliones de la masa oprimida. La historia no ha recogido, hasta hoy, sino un pequeño número de esas sublevaciones, a veces armadas.

La primera conspiración que menciona es la de 1523, dos años después de vencida Tenochtitlan. Fue una rebelión de los propios soldados del conquistador, con la consigna de “no dar tierras al Rey, sino a Hernán Cortés que las ganó”. En 1537 se descubre una conspiración de los esclavos negros. Al año siguiente estalla una importante insurrección de los naturales. De 1538 a 1542, los indios de la Nueva Galicia defienden la independencia de su país

en una guerra sangrienta y desigual. En 1542 ocurre otro movimiento contra el régimen colonial. Los conspiradores son ahorcados. A fines del siglo XVI hay una sublevación con la idea de independizar a la Nueva España, manteniendo sus vínculos con el trono español. En la primera mitad del siglo XVII hay sublevaciones en Yucatán y en Nueva Galicia; los negros se organizan y planean su emancipación y la tribu tepehuacana lucha contra los conquistadores. En 1642 surgen nuevos movimientos en favor de la independencia en diversas partes del territorio, y es sacrificado don Guillén de Lampart, uno de los precursores de la independencia. En 1692 se produce en la capital uno de los motines más grandes de todo el periodo colonial, provocado por el encarecimiento del maíz, que se hallaba en manos de un monopolio en el cual figuraba el propio virrey. No menos de quince grandes levantamientos de indígenas, negros y castas se registran en el siglo XVII. Los movimientos son sofocados, pero vuelven a estallar otros.

La independencia de las colonias inglesas de América del Norte alienta el movimiento de emancipación del pueblo mexicano, y los postulados de la Revolución Francesa, a pesar de la censura, crean una atmósfera propicia a la revolución popular. Al terminar el siglo XVIII el deseo de emancipación ha cundido por todo el país, y en la primera década del siglo XIX las premisas para el movimiento armado son evidentes.

La Revolución de Independencia fue una guerra de clases. El régimen colonial había dividido a la población mexicana en dos clases sociales antagónicas: la de los privilegiados en todos los órdenes de la vida social, que formaban una pequeña minoría, y la clase desheredada, sin derechos, que constituía la gran mayoría de la población. Entre esas dos clases había una distancia irreducible.

¿Cuál era el significado profundo de la revolución acaudillada por el cura Miguel Hidalgo y Costilla? La independencia de México respecto de España era el objetivo; pero no sólo para darle a México la categoría de país libre, sino para destruir la estructura económica, social y política del régimen colonial.

Un sistema económico basado en los monopolios, los estancos y las prohibiciones; en una agricultura primitiva y concentrada en pocas manos, y con una población que había aumentado consi-

derablemente en los tres siglos de dominación, había detenido la evolución normal del país. Para que ésta fuese posible, era menester destruir los obstáculos que se oponían al progreso.

El manifiesto dirigido al pueblo mexicano el 15 de diciembre de 1810 señala claramente los objetivos de la revolución. Expresados en el lenguaje de nuestra época, eran los siguientes: instaurar un congreso representativo del pueblo; impedir el saqueo de las riquezas del país; explotar racionalmente los recursos naturales, para beneficio de la causa de la independencia; desarrollar la industria; fomentar las artes; desterrar la pobreza de las masas populares. En otros términos, establecimiento del régimen democrático, prohibición a los extranjeros de explotar las riquezas naturales del país, industrialización de México, ampliación y difusión de la cultura, elevación del nivel de vida del pueblo.

Los treinta y cinco años transcurridos entre la consumación de la independencia y la consolidación de la República son convulsos, sangrientos, de violencia armada e ideológica. Muchos de nuestros historiadores suelen llamar a ese periodo la etapa de la confusión. Pero la confusión no existía en nadie. Unos luchaban por alcanzar los objetivos de la guerra de independencia y el bando conservador peleaba por mantener sus privilegios dentro de un México ya emancipado de España. Esto demuestra el porqué la Revolución de Independencia se prolonga hasta la mitad del siglo XIX.

Con la pérdida de más de la mitad del territorio nacional, a causa de la infame guerra declarada por el gobierno de los Estados Unidos contra México, en 1847, la lucha por los objetivos de la Revolución de 1810 hubo de aplazarse. Pero se reanudó inmediatamente después de nuestra derrota, en todo el ámbito del país mutilado.

El enemigo principal lo constituía la iglesia Católica, poseedora de las dos terceras partes de la tierra cultivable, única institución de crédito importante, poder político y espiritual al parecer indestructible. Los liberales, cuyo programa era la contrapartida del régimen colonial, emprendieron la lucha con heroísmo, perseverancia y pasión. Triunfaron en su propósito, pero no previeron el porvenir. Creían en la eficacia de los principios liberales para curar la miseria del pueblo y asegurar la independencia de la nación. Sólo el talento de algunos de los hombres de la Reforma, como

Valentín Gómez Farías e Ignacio Ramírez, advirtió que sin un cambio en la estructura económica del país, el pueblo seguiría viviendo en las mismas condiciones del pasado, aun cuando recibiera solamente la corona de la ciudadanía.

Al latifundismo eclesiástico sucedió un latifundismo laico. Las escuelas confesionales empezaron a ser remplazadas por las escuelas civiles. Los norteamericanos comenzaron a sustituir en la explotación de las minas a los españoles. La agricultura siguió siendo primitiva e insuficiente. La industria apenas pasó de los talleres artesanales a los obrajes y a las primeras fábricas de la rama textil.

Dentro de este marco económico y social, el régimen democrático era imposible, porque la mayoría de los mexicanos adultos eran esclavos o siervos de los señores de la tierra, sin más derechos que el de trabajarla para el amo, sin salir del feudo en que vivían, con salarios que apenas mantenían su equilibrio biológico. El acceso a la cultura tenía que seguir siendo privilegio de los ricos.

Vino después el largo periodo dictatorial del general Porfirio Díaz. Durante sus treinta y cinco años de gobierno, el país progresó en diversos sentidos. El México de 1911 que Porfirio Díaz dejó, era mucho más importante que el de 1876 que tomó en sus manos. Pero el progreso material del país fue para provecho exclusivo de una minoría de terratenientes, comerciantes, banqueros y altos funcionarios públicos, y para las empresas extranjeras que tenían ya en su poder las principales fuentes de la riqueza nacional. Nuevamente se habían frustrado los objetivos principales de la Revolución de Independencia, y otra vez estalló la Revolución.

Entre los Constituyentes de 1856 y los de 1917 habían transcurrido sesenta años. Los últimos ya no eran los liberales del siglo XIX. Eran hombres inspirados en el pasado, pero al mismo tiempo, presionados por el presente dramático. Su liberalismo estaba influido por ciertas ideas de la teoría anarquista y de la doctrina del socialismo utópico. Pero lo que se impuso en ellos, fundamentalmente, fueron las exigencias de la gran masa campesina, vencedora del ejército profesional del porfirismo; las demandas de la clase obrera que abandonó, ante la amarga realidad, la consigna del apoliticismo con que había formado sus primeros sindicatos, y la palabra clara de la nación reclamando su derecho, originario

e imprescriptible, a explotar sus recursos naturales y progresar con independencia.

Destrucción de los latifundios; reforma agraria; derechos para la clase trabajadora; respeto a los derechos del hombre o garantías individuales; sufragio efectivo; no reelección del Presidente de la República y de los gobernadores de los estados; creación del municipio libre; mejoramiento de la agricultura; apertura de caminos; multiplicación de las escuelas primarias; sustitución de la beneficencia por la organización de un vasto servicio de sanidad y asistencia pública; mejores relaciones internacionales. Estos fueron los principales propósitos de la Revolución, que quedaron incorporados en la vieja Constitución liberal de 1857, al formularse la nueva en 1917, por los jefes y los ideólogos del movimiento armado. Tales propósitos se pueden resumir en tres objetivos: independencia nacional, mejoramiento del nivel de vida del pueblo y régimen democrático.

NUEVO BALANCE DE LA REVOLUCIÓN

Examinemos hasta qué punto se han logrado los tres objetivos de la revolución.

INDEPENDENCIA NACIONAL

Por lo que a la independencia nacional se refiere, es menester, primero, definir su contenido. La independencia de la nación mexicana debe consistir, esencialmente, en su independencia económica. La independencia política prevalece y se desarrolla, en la proporción en que la independencia económica se realiza.

La independencia económica de un país consiste en su capacidad de producción para satisfacer las necesidades fundamentales de su pueblo y de desarrollo constante de las diferentes ramas de la economía y de los servicios, con capitales y medios científicos y técnicos propios. Esto significa que cuando el sistema económico establecido no es capaz de atender, con los recursos internos, las necesidades, siempre crecientes, de alimentación, vestido, alojamiento, salud y educación de las masas populares; de proporcionar a su industria las materias primas indispensables para que pueda desenvolverse sin obstáculos; de construir fábricas de má-

quinas, herramientas y refacciones, para elevar la producción agrícola y manufacturera, y de formar y utilizar adecuadamente los capitales nacionales para hacer posibles esos objetivos, no se puede hablar de independencia económica.

En los países poco desarrollados, como se llama hoy diplomáticamente a los países coloniales y semicoloniales, la clave para que puedan sustituir su estructura económica, subordinada al extranjero, por una estructura independiente, es la formación y utilización del capital nacional. Veamos lo que ha ocurrido a este respecto en México.

Empréstitos e inversiones privadas extranjeras para la explotación de nuestros recursos naturales han constituido, con muy breves periodos de excepción, la política de nuestros gobiernos, desde la Independencia hasta hoy. Esta política ha estorbado seriamente el progreso de México, porque los capitales provenientes del exterior, como la experiencia lo demuestra, no han llegado nunca a los países poco desarrollados para cooperar a su independencia económica. La exportación de capitales que han realizado y continúan llevando a cabo las naciones de gran desarrollo capitalista es el resultado de la concentración del capital, de la formación de monopolios, de la supresión de la libre competencia característica de la primera etapa del capitalismo, y tiene como fin obtener grandes utilidades, superiores a las que se logran en el mercado metropolitano. Este es el fenómeno que está en el origen y en el fondo del imperialismo actual.

Para hacer posible las utilidades máximas, los capitanes de los monopolios que exportan e invierten sus capitales, y sus gobiernos, instrumentos de los monopolios, exigen a los países donde se invierten los capitales condiciones legales, sociales y políticas, que representan siempre reducciones de la soberanía nacional y de las libertades democráticas.

Los primeros empréstitos hechos a México, a partir de 1832, fueron desastrosos para el erario público, porque los concertaron empresas privadas con el respaldo de sus gobiernos. Tuvieron el carácter de verdaderos fraudes cometidos impunemente por aventureros sin escrúpulos. Hubo también empréstitos de gobierno a gobierno, pero no se distinguieron de los otros ni por sus resultados ni por su aspecto repulsivo.

Durante el régimen del general Porfirio Díaz, fueron reconocidas todas las deudas anteriores, con la mira de que nuestro país tuviera crédito en el extranjero. Después de una serie de negociaciones se consolidó la deuda exterior en una suma cercana a cincuenta millones de dólares. Para conseguir este arreglo y concertar nuevos préstamos, se exigió al gobierno que otorgara concesiones a capitalistas extranjeros para la explotación de nuestros recursos naturales. De este modo, los empréstitos abrieron la puerta a las inversiones privadas, práctica que se ha seguido hasta hoy.

Los empréstitos y las inversiones extranjeras, en todos los casos, representan la recuperación de las sumas invertidas, y la invariable exportación de las ganancias, lo cual hace imposible la capitalización interior, que sólo se logra con la reinversión de los beneficios.

La historia de la minería, de los ferrocarriles, de la electricidad, del petróleo —hasta antes de su nacionalización— confirma plenamente las afirmaciones anteriores. La política de los gobiernos que nos han prestado dinero y de los inversionistas privados extranjeros ha sido sustancialmente la misma durante los ciento cincuenta años de la vida de la República. Este mal, sin embargo, no se reduce a la descapitalización de nuestro país. En la medida en que los empréstitos y las inversiones privadas aumentan, crece también la presión sobre México, en todos los órdenes de su vida, haciéndolo cada vez menos independiente.

Nuestra deuda exterior, hasta julio de 1951, llegaba a 309'384 000 dólares. A esta suma hay que agregar el reciente empréstito de 61 millones de dólares para la reconstrucción del ferrocarril Sud-Pacífico. Por lo que ve a las inversiones privadas extranjeras, la situación es la siguiente: ha aumentado su cantidad en los años de la posguerra, de 3 040.6 a que ascendían en 1947, en millones de pesos, hasta 5 840.7 en el año de 1951. Pero este incremento no ha sido igual en todas las ramas de nuestra economía. En el pasado, las inversiones se dedicaban principalmente a la minería, la electricidad y los transportes y comunicaciones. En los últimos años, sin dejar de aumentar en esas ramas, se han dirigido principalmente hacia las industrias manufactureras y hacia el comercio. El propósito es evidente: mantener el control de la llave del desarrollo industrial, la electricidad, y el de la fuente de las prin-

cipales materias primas para la industria, la minería; competir con la incipiente industria nacional, formada con capitales mexicanos, para apoderarse del mercado doméstico y controlar el comercio exterior de nuestro país.

Cuando hablamos del capital extranjero nos referimos al norteamericano, porque es en la actualidad el único invertido en nuestro país en gran escala. Durante la Segunda Guerra Mundial, la Gran Bretaña traspasó a los Estados Unidos la mayor parte de sus intereses en la América Latina y así el capital norteamericano se convirtió en el inversionista fundamental de nuestro hemisferio.

Dos cifras bastan para comprobarlo: en 1914 la Gran Bretaña representaba el 50.8 por ciento de los capitales extranjeros invertidos en América Latina; los Estados Unidos representaban sólo el 22.7 por ciento. Ya en 1932, el capital norteamericano representaba el 52.5 por ciento y el británico el 39.4 por ciento. En la actualidad, la diferencia es mucho mayor a favor del capital norteamericano.

Examinemos ahora la situación en las principales ramas de nuestra economía.

La minería mexicana está totalmente en manos de las empresas norteamericanas. Tienen las minas en explotación; poseen concesiones para trabajar casi todos los recursos minerales del país, que mantienen en calidad de reservas, y son propietarias de todas las plantas de fundición y refinería.

Los mineros mexicanos están obligados a acudir a las empresas extranjeras para conocer la ley de los minerales que extraen y a venderles el producto de su trabajo, porque no existe la posibilidad, en la práctica, de acudir a otros mercados. Se ha dado el caso, recientemente, de que para exportar minerales de México a países capitalistas de Europa, la Secretaría de la Economía ha exigido a los vendedores un permiso de la embajada de los Estados Unidos. Las empresas mineras norteamericanas disfrutaban, además, de tarifas preferenciales de nuestros ferrocarriles y de otros privilegios.

Las riquezas mineras de México son grandes. La explotación de los metales preciosos no constituye ya, como en el pasado, el objetivo principal del capital extranjero. Con el enorme desarrollo industrial ocurrido en muchos países en los últimos años, nuevos

minerales han adquirido una importancia excepcional. Sus yacimientos constituyen el objetivo actual de los monopolios norteamericanos. Nuestros gobiernos se los han entregado. Los casos más recientes son el del azufre, que debió haberse nacionalizado para incorporarlo en Petróleos Mexicanos, y el del titanio, casi 50 por ciento menos pesado que el acero y cerca de tres veces más resistente al calor que el aluminio. La prensa de los Estados Unidos del mes de marzo de este año ha publicado en forma destacada y jubilosa la concesión hecha por nuestro gobierno a la *Republic Steel Corporation*, de la fabulosa mina de titanio descubierta en Oaxaca. Su riqueza es tal, dice textualmente la revista *Collier's*, del día 4 de marzo de 1955, que "el descubrimiento de la reserva de titanio en Pluma, Hidalgo, significa que los Estados Unidos no tendrán necesidad de depender de otros yacimientos del Hemisferio Occidental para la adquisición de titanio... considerado como el metal del futuro para los aviones y las máquinas supersónicas".

Un país sin electricidad no puede industrializarse. Quien tenga en sus manos la industria eléctrica posee no sólo la llave de la producción, sino también el timón de la economía nacional. Estos conceptos forman parte ya de la enseñanza en las escuelas primarias de todo el mundo.

En 1911 había en México 27 empresas de producción de energía eléctrica. Al comenzar este siglo se organizó en Canadá la primera compañía importante para operar en nuestro país. Después aparecieron los grandes monopolios eléctricos de los Estados Unidos y de Europa. Pero como consecuencia del proceso operado durante la Segunda Guerra Mundial, todas las empresas privadas de la electricidad que actúan en nuestro país son subsidiarias del monopolio norteamericano.

En el año de 1937, el gobierno del general Lázaro Cárdenas creó la Comisión Federal de Electricidad, con el objeto de desarrollar esa industria y hacer que sirviera preferentemente a los intereses de la nación. El crecimiento de la institución ha sido importante, pero entrega su producción al monopolio norteamericano, que es una empresa de lucro, rodeada de privilegios increíbles en nuestro país, como el de obtener préstamos de diversas instituciones de los Estados Unidos, con el aval de nuestro gobierno, estableciendo con ello el precedente de que **figure** como parte de un

empréstito hecho a la nación mexicana, la ayuda a una empresa privada extranjera. Se puede afirmar en consecuencia, que, como en el caso de la minería, con las variantes de forma naturales, la electricidad se halla en manos de las empresas norteamericanas.

La industria del carbón mineral está en poder también de las compañías yanquis, como un simple complemento de sus plantas de fundición. Las empresas mexicanas, todavía incipientes, están relacionadas con esas empresas.

La producción de fierro y acero en nuestro país es tal, que siendo nuestras necesidades reales mínimas, 800 000 toneladas al año, tenemos que importar entre el cuarenta y el sesenta por ciento de esa suma. A esto se debe que México sea un país sin producción de máquinas. Todos los equipos que se usan vienen del extranjero, desde las instalaciones para la industria eléctrica, las locomotoras para los ferrocarriles, los tranvías y las máquinas de la industria de transformación, hasta la mayor parte de los machetes que emplean nuestros campesinos. El único establecimiento, formado por el gobierno, para producir motores, que era visto como el inicio de nuestra industria básica, fue vendido por la administración del presidente Miguel Alemán a una empresa extranjera, en la que tienen participación algunos de nuestros prominentes políticos.

Durante el periodo comprendido entre las dos guerras mundiales se inició en nuestro país la fabricación de productos de la química industrial. Pero no satisface las necesidades de nuestra industria, por falta de estímulo y ayuda del Estado, y es una de las ramas de la producción más competidas por el capital norteamericano.

Carecemos de industria pesada. En cuanto a la de transformación, depende del capital extranjero invertido en México para disponer de fuerza motriz, instalaciones y equipos, refacciones y, en parte considerable, de materias primas. Hasta la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de sus establecimientos pertenecían al capital nacional. En los años de la posguerra el capital norteamericano, como se ha hecho notar antes, se ha invertido principalmente en la industria de transformación: en cemento, ensamble de automóviles, hilados, tejidos y fibras, hules y guayule, productos de fierro y acero, equipo eléctrico menor y artefactos

para el hogar, productos farmacéuticos, plásticos, pinturas y productos alimenticios.

Estos nuevos establecimientos no benefician a México. Las inversiones que representan se han hecho sin ninguna limitación, sin requisitos previos. Vienen para constituir monopolios en la rama a la que se dedican, arruinando a las fábricas nacionales. Se cubren con la máscara de empresas mexicanas o de capital mixto, proporcionando el dinero a los que aparecen como sus socios criollos. Adquieren fábricas ya establecidas para ampliarlas y apoderarse del mercado interior. Cuando la producción nacional de alguna rama está protegida por los aranceles, se establecen aquí para hacerle la competencia. Burlan las leyes para obtener las ventajas que el gobierno no ofrece, realizando sólo la operación de empaque, como ocurre con muchas de las empresas farmacéuticas. Aprovechan la falta de competencia en el mercado doméstico, para vender determinados productos a precios más altos que en su país de origen, como sucede con los automóviles de las plantas armadoras. Barren con industrias tradicionalmente mexicanas, como las de grasas y jabones, levantando frente a ellas empresas gigantescas de tipo monopolista, que acaparan la producción de algodón y de semillas oleaginosas.

Se puede afirmar, por tanto, que la industria de transformación ha dejado de ser mexicana en gran parte.

¿Qué significan para México esas inversiones? En un estudio hecho por la Nacional Financiera y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, en 1952, se dice que es de preverse el aumento constante de las inversiones extranjeras en nuestro país, porque las utilidades que logran son muy atractivas. Entre 1939 y 1950, nuestro pueblo pagó, como promedio anual, 55 millones de dólares por concepto de intereses y dividendos de las inversiones extranjeras. Esta suma representa el 13 por ciento de los ahorros internos de México durante ese periodo. Afirma el estudio también que las utilidades son dos veces y media mayores que el importe de las inversiones. Y concluye diciendo que como han crecido las inversiones en un 9.2 por ciento cada año, de 1941 a 1949, para 1956 las ganancias ascenderán, aproximadamente, a 147 millones de dólares. Es decir, que a partir del año próximo nos costará el servicio de las inversiones extranjeras en México cerca de mil novecientos millones de pesos anuales, que equivalen a

casi el 25 por ciento de la capacidad de inversión total, pública y privada, de nuestro país, realizada en el año de 1953.

Pero todo eso es sólo una parte de la explotación sistemática de nuestros recursos y de la distorsión de nuestra economía por el capital norteamericano. Veamos lo que ocurre en el campo.

La agricultura de México no está en manos del capital extranjero, pero sirve en proporción cada vez mayor al mercado norteamericano. Se puede afirmar, sin exageración, que del Trópico de Cáncer hacia el norte, la producción agropecuaria de nuestro territorio está dedicada fundamentalmente a la exportación.

La producción agrícola de nuestro país está, casi toda, en manos de nacionales, gracias a la Reforma Agraria. Si ésta no se hubiera hecho, sobre la base de la nacionalización de las tierras y usufructo perpetuo de ellas para los campesinos, las mejores tierras habrían pasado ya a poder de extranjeros, como ha ocurrido en los países del Caribe y en algunas regiones importantes de la América del Sur. La Reforma Agraria, al destruir el latifundismo del siglo XIX, no sólo amplió el mercado interior y abrió las puertas al desarrollo de la industria, sino que ha sido un fuerte escudo para la salvaguarda de la integridad territorial de la República. Pero la producción de la tierra, que debía orientarse hacia la satisfacción de las necesidades de nuestro pueblo y del desarrollo independiente de nuestra economía, ha seguido el cauce constantemente marcado y exigido por el imperialismo norteamericano.

Durante los años de la Segunda Guerra Mundial se acentuó el cambio de orientación de nuestra producción agrícola. Exportar era la consigna; para tener dólares, para disponer de una reserva importante en divisas extranjeras. El resultado de esta política fue que los créditos acumulados en los bancos de los Estados Unidos por el trabajo extraordinario de nuestro pueblo nos fueron pagados, gracias a la falta de previsión de nuestro gobierno, principalmente con bienes de consumo. El ahorro fue inútil; pero la política prevaleció.

La exportación de nuestros productos agrícolas se divide en dos grupos: el que completa la agricultura de los Estados Unidos —café, cacao, piña, plátano roatán, que no se producen en su territorio por razones climáticas— y el que sólo sirve para suplir las mermas o los faltantes de la agricultura norteamericana, como el algodón, el limón, la naranja y el tomate. Si el mercado para

esos dos grupos de productos fuese estable; si nuestro país interviniera en la fijación de los precios y si las utilidades, cuando las hay, se derramaran entre la población campesina, habría una base para discutir la conveniencia de esa política. Pero la experiencia demuestra que, por lo que concierne a los artículos que complementan la producción norteamericana, como México no es el único productor, sino que concurren al mismo mercado muchos países de la América Latina y aun otros distantes del continente americano, los monopolios de los Estados Unidos fijan anualmente, a su antojo, tanto la cantidad que deciden comprar a cada país, como su precio, de tal suerte que no hay estabilidad para nuestras exportaciones ni precios justos para ellas. Y cuando hay "años buenos", cuando las necesidades del mercado norteamericano permiten la exportación en gran escala y los precios son remunerativos, los beneficiados son solamente los acaparadores de los productos de nuestro campo y no la masa rural ni los agricultores que trabajan personalmente la tierra.

Con los productos que sólo sirven para suplir los faltantes de la agricultura norteamericana ocurre algo peor: el algodón, las frutas cítricas y el tomate, tienen el mercado más inestable de todos nuestros productos, porque cuando las cosechas del país del norte son buenas, no costea levantar las nuestras. Las deudas de los campesinos y granjeros crecen entonces y el crédito para los años futuros llega al agio más desenfrenado, con la perspectiva de que si las cosechas tienen compradores, las ganancias serán para los prestamistas.

Los transportes de nuestro país dependen también del capital extranjero. Los equipos de los autotransportes y sus refacciones se compran principalmente en los Estados Unidos. Lo mismo ocurre con los equipos de los ferrocarriles. Los transportes aéreos se hallan en manos del capital extranjero casi en su totalidad: la principal línea aérea de nuestro país es una subsidiaria de la *Pan American World Airways*; las otras, poseídas por políticos mexicanos, están íntimamente conectadas al capital yanqui. Completan la red empresas europeas y canadienses.

En cuanto a las comunicaciones, el servicio de telégrafos pertenece al Estado, pero los teléfonos están en poder de un monopolio extranjero.

Por lo que toca al crédito privado, que goza de la libertad más completa para sus inversiones, en México está vinculado, como ocurre en todos los países coloniales y semicoloniales, por muchos medios y desde diferentes ángulos, a los monopolios financieros del exterior. El sistema bancario privado de nuestro país realiza fundamentalmente operaciones de comercio, que son las que dejan las más altas ganancias, pero también controla ya muchas de las industrias, porque el proceso de concentración del capital, en todas partes, comienza por la formación de los monopolios de la producción y los servicios, y concluye en la subordinación de estos monopolios al capital financiero.

Nuestro comercio con el extranjero pertenece casi exclusivamente al mercado norteamericano. En 1870 el sesenta por ciento del comercio exterior de nuestro país se realizaba con países europeos y sólo el treinta por ciento correspondía al comercio con los Estados Unidos. En 1910 la situación era distinta: el setenta por ciento de nuestro comercio exterior se llevaba a cabo con el mercado norteamericano y el veintisiete por ciento correspondía a las transacciones efectuadas en Europa.

Las dos guerras mundiales que hicieron casi imposible el tráfico con los mercados no americanos contribuyeron a la cerrada orientación unilateral de nuestro comercio con el exterior. Pero el factor principal de este hecho, en los últimos años, ha sido la ausencia de una política gubernamental, firme y decidida, en favor de la diversificación de nuestro comercio internacional. Por eso hemos llegado a la situación del mercado único: en 1954, de todas nuestras compras al extranjero —que ascendieron a nueve mil millones de pesos— importamos de América, de los Estados Unidos, porque el tráfico comercial interlatinoamericano es nulo, cerca de siete mil millones. A toda Europa compramos mercancías por mil 231 millones. Al continente asiático 91 millones. Al continente africano 14 millones y medio, y a Oceanía 114 millones de pesos.

¿Qué vendemos y qué compramos a los Estados Unidos? Vendemos materias primas y productos semielaborados y compramos, principalmente, maquinaria, equipos y materiales industriales y productos de consumo. Este hecho es el que explica con claridad meridiana, unido a los otros ya expuestos, que México no pueda tener una balanza de comercio equilibrada y, por tanto, una balanza equilibrada en sus pagos al extranjero. Porque si el

mercado de los Estados Unidos es el único que adquiere nuestras exportaciones y el único que proporciona nuestras importaciones, tiene en sus manos la fijación arbitraria de nuestras ventas y nuestras compras y, finalmente, el control de nuestra moneda y de los ahorros nacionales.

Lo que desequilibra nuestra balanza comercial no es, como pudiera creerse, la adquisición de mercancías innecesarias o superfluas, sino la compra de bienes de inversión, materiales industriales, bienes de consumo durable y artículos alimenticios. En 1954, de los nueve mil millones de pesos que compramos al extranjero, por instalaciones de maquinaria pagamos 743 millones; por refacciones de metal para maquinaria, 287.4 millones; por máquinas impulsadas por medios mecánicos, 273 millones; por automóviles de todo tipo —desde ómnibus y camiones hasta autos para particulares— 572.4 millones; por refacciones y chasis para automóviles, 145.5 millones; por tractores 118 millones; por aplanadoras y conformadoras, 62.6 millones; por material fijo para ferrocarril, 21 millones; por tubería de hierro y acero, 187.3 millones. Por materias primas pagamos 128.8 millones por lana; 104.5 millones por papel blanco para periódico, y 91.2 millones por pasta de celulosa. Y por artículos de consumo pagamos 106.6 millones por maíz; 44.3 millones por trigo; 42.2 millones por manteca de cerdo, y 19.5 millones por frijol. En resumen, compramos 4 mil 254 millones de bienes de inversión, en números redondos; mil 759 millones por materiales industriales; 706 millones por bienes de consumo durable, y 414 millones por artículos alimentarios. Y, por otra parte, nuestras más importantes ventas fueron: minerales —plomo, cobre, zinc— mil 238 millones; petróleo crudo y combustible, 434.6 millones; algodón, mil 672 millones; café, 787.5 millones; camarón, 136.4 millones; forrajes, 111.3 millones; carnes 50 millones; cacahuete 46 millones y tomate, 28.6 millones.

Las exportaciones mexicanas de productos manufacturados consisten, principalmente, en telas de algodón de las cuales vendimos —en el mismo año de 1954— 39.2 millones; en productos de henequén, 39.7 millones, y en productos químicos, 46 millones.

En total, 114.9 millones de mercancías manufacturadas, contra 4 758 millones de materias primas y productos alimentarios.

Las materias primas y los productos de consumo inmediato no alcanzarán jamás el precio de las máquinas, los equipos, los apa-

ratos e instrumentos dedicados a la producción que adquirimos del exterior. Tampoco el imperialismo dejará de ser imperialismo para transformarse en una institución gigantesca de beneficencia, que convierta a sus víctimas en competidores suyos. Esto es contrario a la naturaleza del sistema capitalista.

No podrá haber una balanza de pagos favorable a nuestro país, porque la salida constante de los ahorros nacionales en la forma de ganancias y la sustracción de los depósitos de los bancos y su libre exportación, pueden contribuir, en un momento dado, como ha ocurrido tres veces en los últimos años, al desequilibrio más hondo y súbito de la balanza comercial y a la desvalorización del peso mexicano.

¿Qué conclusiones pueden inferirse de esta situación económica en que vivimos? Las más importantes son las siguientes:

1. Desde el punto de vista económico, México está dejando de ser un país semicolonial, para transformarse en una colonia del imperio norteamericano.

2. Cada día es menos posible la formación de capitales exclusivamente nacionales, porque los empréstitos, las inversiones privadas extranjeras, la libre exportación de las utilidades y el carácter colonial de nuestra balanza mercantil, impiden la capitalización interior.

3. Sin capitales auténticamente nacionales, todas las ramas de la economía mexicana privada dependerán, cada vez más, directa o indirectamente, de los monopolios norteamericanos.

4. La invasión económica de nuestro país por el imperialismo yanqui se ha acentuado en los últimos años, no sólo por la expansión natural del imperialismo, sino por la complicidad de nuestros gobiernos.

5. No hay un programa para nuestra agricultura, nuestra industria y nuestros transportes, orientado hacia el desarrollo económico independiente de nuestro país.

6. El esfuerzo colectivo que nuestro pueblo dedica a la producción y a los servicios públicos fundamentales beneficia principalmente al capital norteamericano y, de manera secundaria, a la minoría nacional que recibe una parte de las ganancias.

NIVEL DE VIDA DEL PUEBLO

Por lo que ve a la elevación del nivel de vida del pueblo —otro de los grandes objetivos de la Revolución— después de cerca de medio siglo de sacrificios y esfuerzos de casi todos los mexicanos, la situación es grave y amenaza con hacerse todavía más difícil.

Según los datos de 1950, la población total de la República era de 25.7 millones de habitantes. La rural de 14.8 millones y la urbana de 10.9 millones. La dedicada a la producción llegaba sólo a 7 millones de personas.

Entre 1930 y 1950 la población dedicada a la agricultura aumentó en 33 por ciento, mientras que la de las industrias extractivas y de transformación aumentó un 313.8 por ciento y la dedicada al comercio un 149.8 por ciento. Este fenómeno es normal en un país que destruye las bases de su estructura feudal, amplía el mercado interior y desarrolla su industria. Pero hay un factor anormal que ha contribuido a la disminución de nuestra población campesina: el éxodo de los braceros hacia los Estados Unidos. Este hecho representa la pérdida de más de 700 000 trabajadores de los más útiles, cuya edad oscila entre los dieciocho y los cincuenta años, en el periodo comprendido entre 1942 y 1951.

¿Cuál es la causa verdadera de esta emigración en masa? La situación económica en que vive la inmensa mayoría de los campesinos. En 1950, la población dedicada a la agricultura era de 4.8 millones de individuos. De ellos, 1.5 millones eran campesinos de los ejidos y 3.2 millones no lo eran. Los ejidatarios representaban sólo el 32 por ciento de los que trabajan o viven de la tierra. Sin embargo, son los que más producen: cooperan con el sesenta por ciento de la producción agropecuaria del país; con el 62 por ciento de la producción del maíz; con el 56 por ciento de la producción del trigo; con el sesenta por ciento de la producción del frijol y con el ocheta por ciento de la producción de la caña de azúcar.

Pero, ¿cuánto reciben por su esfuerzo? Según el Censo Ejidal de 1950, el valor de la producción agrícola y ganadera por ejidatario, como promedio, era de 1 621 pesos al año, o sea 4.49 pesos diarios. El valor de la producción exclusivamente agrícola era de 1 213 pesos al año, equivalente a 3.36 pesos por día.

No puede ser peor, en este aspecto, el saldo del movimiento revolucionario iniciado en 1910 para mejorar las condiciones de los peones de las haciendas de la época porfirista.

En cuanto a la clase obrera, el porcentaje de los salarios que recibe con relación al costo de la producción ha disminuido en la proporción siguiente, como resultado de la iniciación de los métodos llamados de "productividad" que los empresarios han implantado en México, siguiendo la inspiración de los norteamericanos, y de la traición de los dirigentes sindicales a los intereses de la clase trabajadora que dicen defender:

	1943	1951
Hilados y tejidos	22.41 %	19.82 %
Fundición de fierro y acero	27.26	13.31
Cemento	13.72	9.52
Calzado	14.52	11.58
Papel	12.50	6.92
Artefactos de hule	4.72	3.26

El costo de la vida obrera en la Ciudad de México, en la que ha habido durante muchos años subsidios del Estado para evitar el alza de ciertas mercancías, considerando el año de 1939 igual a 100, aumentó en enero de este año de 1955 a 503.8. El solo costo de la alimentación subió a 492.9 y el del vestido a 577.4.

La clase obrera, los empleados del Estado, los maestros de escuela, los miembros de las Fuerzas Armadas y, en general, todos los individuos que viven de entradas fijas, han visto disminuir de modo sensible su capacidad de compra en los últimos tiempos. He aquí una tabla reveladora:

Año	Poder adquisitivo del peso (periodo 1940-1952)	
	Índice del costo de la vida	Disminución adquisitiva del peso
1940	100.07	1.00
1941	104.4	0.96
1942	121.0	0.83
1943	158.5	0.63
1944	199.1	0.50
1945	213.5	0.46

1946	266.7	0.41
1947	300.3	0.33
1948	318.3	0.31
1949	355.9	0.28
1950	356.2	0.28
1951	401.4	0.24
1952	459.2	0.21

Es también muy significativo que la minoría privilegiada que tiene ingresos derivados de utilidades reciba más del cincuenta por ciento de la riqueza nacional, en tanto que ochenta y seis por ciento de la población que trabaja obtenga ingresos inferiores a 300 pesos mensuales, y de ella todavía el cuarenta y dos por ciento perciba 100 pesos o menos por mes.

Algunos pensarán, sin embargo, que los datos que anteceden están en contradicción con el progreso evidente del país. La prensa, particularmente en los últimos años, informa todos los días del desarrollo impetuoso de México, de la expansión interior de nuestra economía, de las innumerables obras públicas, de las carreteras modernas que cruzan el territorio nacional, de las gigantescas obras de irrigación, de la modernización de los ferrocarriles, de las líneas aéreas que adornan nuestro cielo, del crecimiento de todas las ciudades, de la extensión imponente de la capital, de la construcción de la Ciudad Universitaria, "iúnica en el mundo!", de la apertura de nuevos bancos, de la enorme afluencia de gente a los teatros y salas de cinematógrafo y a los centros deportivos, de las fiestas de sociedad cada vez más deslumbrantes. Y los extranjeros, que explotan a maravilla el complejo de inferioridad de nuestra clase rica aldeana, se deshacen en elogios superlativos para México dizque asombrados por su portentoso progreso.

Es verdad que nuestra nación ha progresado materialmente. Es cierto que el México de hoy es muy superior por su desarrollo económico al México de 1910. Pero ese progreso no ha sido para el pueblo, sino para una breve minoría de los mexicanos y para los negociantes extranjeros, especialmente los capitalistas de los Estados Unidos.

También el régimen de Porfirio Díaz —lo hemos dicho— hizo progresar materialmente a México en muchos aspectos. En los treinta y cinco años de su administración, el país entró en una actividad constructiva sin precedente: las minas, el petróleo, los ferrocarriles, los puertos, los bancos, los palacios de gobierno, las estatuas, los parques y jardines, la Universidad y el Teatro Nacional —“¡único en el mundo!”— llenaron de asombro a los embajadores extraordinarios que vinieron de todas partes a participar en las regias fiestas del Centenario de la Independencia, que el dictador, llamado el “héroe de la paz” por sus lacayos, había preparado para demostrar al mundo que México era un país civilizado y culto, digno de alternar con las naciones más avanzadas.

RÉGIMEN DEMOCRÁTICO

El análisis de la situación política a que ha llegado nuestro país es el más importante para nosotros. Por eso debemos concederle más atención. Y con el objeto de establecer una clara comprobación entre esta parte de nuestro balance de la Revolución y el curso general de nuestra evolución política, presentaré en este capítulo una reseña sumaria de los grandes acontecimientos de nuestra historia que son el antecedente imprescindible para juzgar y valorar la realidad actual.

En un país en que el desarrollo de las fuerzas productivas es débil y en donde, por consecuencia lógica, las clases sociales no se han formado y diferenciado de manera clara, la democracia es inoperante y la existencia de los partidos políticos es muy difícil. Mientras no se destruya el régimen feudal —sistema de estancos, alcabalas, controles y monopolios— no puede haber libertad ni para la producción y el comercio ni para las ideas y las creencias, y las luchas cívicas organizadas y permanentes. En esa etapa de la evolución histórica, lo que hay son movimientos políticos; pero no partidos. Individuos adheridos intelectual o espiritualmente a una causa, a un bando, a un conjunto de hombres, o a un caudillo o líder que personifica la lucha por objetivos inmediatos y concretos.

En México, durante la Revolución de Independencia y a lo largo del siglo XIX, como en todos los países semif feudales y esclavistas,

vistas de la América Latina, no hubo partidos, sino movimientos políticos que, en la medida en que actuaron, dividieron al pueblo en dos bandos: el que luchaba por destruir el sistema social basado en los latifundios y arrebatar el poder a sus usufructuarios, inspirado en el ejemplo y las ideas de la Revolución de los Estados Unidos de la América del Norte y de los pensadores que prepararon la Revolución democrático-burguesa de Francia, y el bando que luchaba por mantener el régimen colonial. Aquél se llamó Partido Liberal, éste, Partido Conservador.

En nuestro país el Partido Liberal triunfó. Él fue el formador de la República representativa, democrática y federal, peleando con las armas contra el Partido Conservador y contra la intervención armada extranjera.

Es muy importante, sobre todo para los militantes de los actuales partidos democráticos de nuestro país, la historia de las luchas de la corriente política mexicana más avanzada del siglo pasado, de los enormes obstáculos que hubo de vencer, así como la resistencia obcecada y sangrienta de la corriente reaccionaria que se empeñó en conservar sus fueros y sus privilegios, cuando ya había perdido su base de sustentación, que era el gobierno virreinal español.

El primer documento importante de la historia revolucionaria de México en el siglo XIX es el Acta de la Independencia Mexicana, del 6 de noviembre de 1813, en la cual se declara "rota para siempre jamás y disuelta la dependencia (de la América Septentrional) del trono español", firmada en Chilpancingo por el licenciado Andrés Quintana Roo, el licenciado Ignacio López Rayón, el licenciado José Joaquín de Herrera, el licenciado Carlos María Bustamante, el doctor Sixto Verduzco, José María Liceaga y el licenciado Cornelio Ortiz de Zárate. Siguen después todos los decretos, bandos, planes, actas de adhesión al movimiento insurgente y su contrapartida, los decretos, leyes y órdenes del poder virreinal contra el movimiento en favor de la independencia. Sería imposible mencionarlos aquí. No obstante, recordamos dos por su indudable mérito: los "Sentimientos de la Nación", o veintitrés puntos dados por Morelos para la Constitución, en Chilpancingo, el 14 de septiembre de 1813, y el "Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana", sancionado en Apatzingán el 22 de octubre de 1814.

Con el Plan de Iguala, del 24 de febrero de 1821, firmado por el movimiento insurgente y el gobierno virreinal, concluye la guerra de once años por la independencia de México. Pero la terminación de la lucha armada no significa la terminación del conflicto, porque tres fuerzas siguen luchando por hacer prevalecer sus ideas y los intereses que representan: una es la fuerza más reaccionaria, constituida principalmente por el alto clero y por los españoles peninsulares, que buscan caminos para que México siga dependiendo, en la práctica, de la metrópoli española. La otra es la fuerza de los conservadores criollos encabezados por Agustín de Iturbide, que quieren ser los herederos de los privilegios y fueros del régimen colonial, y la tercera es la representada por el movimiento arrollador de los insurgentes, que desean que el país se organice en la forma de una República.

Entre 1822 y 1857, en que se proclama la Constitución Política de la República que ha de regir al país durante sesenta años, el movimiento liberal proclama la Constitución del 4 de octubre de 1824, que recoge en parte sus aspiraciones, pero no llega a tener vigencia. En aquel periodo, el objetivo principal de los liberales es la República Federativa.

Por su parte, en la nueva situación, los representantes del régimen colonial se acogen entonces a la idea de una República Centralista que sujete a todas las provincias del país a un mando único y mantenga en sus aspectos fundamentales el sistema social del pasado. Las Bases Orgánicas —12 de junio de 1843— son el documento más importante de esa facción y deben considerarse como el modelo de Constitución de los conservadores para México en aquella etapa.

Pero como si no fuese bastante la lucha a muerte entre los dos movimientos, que sacude al país en toda su extensión, México tiene que sufrir tres desmembramientos de su territorio en beneficio de los Estados Unidos de Norteamérica: el primero es la separación de la Provincia de Texas en 1836; el segundo es la pérdida de Nuevo México, Arizona y California, que representaban más de la mitad del territorio nacional, en 1848, y el último es el de La Mesilla —en 1853— importante zona geográfica que constituía el paso natural de Texas, hacia la costa del Pacífico.

En esos treinta y cinco años ocurren innumerables pronunciamientos, conspiraciones, golpes de Estado, motines y revolucio-

nes de tipo social, como la Guerra de Castas en Yucatán, que se inicia en julio de 1847. No hay un solo año que no sea pródigo en planes, leyes, decretos y actas en que se hacen constar los movimientos en favor o en contra de los federalistas o los centralistas.

Entre los documentos recogidos hasta hoy en los archivos de la nación y ya publicados, figuran:

En el año de 1822, un plan y dos decretos. El 24 de febrero se formulan las "Bases Constitucionales para el Gobierno Imperial de México", que debería asumir Agustín de Iturbide.

En 1823, dos planes, tres decretos y siete actas, entre éstas la Proclamación de la República y las de la reunión de Congreso y la organización del Poder Ejecutivo; y la de la Independencia de Guatemala.

En 1824 se recogen un plan, siete decretos y un acta con la noticia de un pronunciamiento.

En 1826, varias actas y decretos, y las Siete Leyes Constitucionales (29 de diciembre) de tendencia tradicionalista, estableciendo el Gobierno Central y el Poder Conservador.

En 1827 tres planes.

En 1828 un plan y un acta.

En 1829 un plan, seis actas y dos pronunciamientos.

En 1830 dos planes, dos leyes y un acta de importancia.

En 1831 una ley.

En 1832 dos planes, dos actas y un decreto.

En 1833 tres planes y una ley.

En 1834 un plan y dos actas.

En 1835 un plan, nueve actas, dos leyes y dos pronunciamientos.

En 1836 tres actas, una ley, un decreto y las Leyes Constitucionales.

En 1838 cuatro actas.

En 1840 cuando el malestar de la población indígena de la península yucateca empieza a manifestarse abiertamente, dos actas que registran movimientos importantes de protesta.

En 1841 cuatro planes revolucionarios y veinticinco actas.

En 1842 treinta y cuatro actas.

En 1843 veintitrés actas, un decreto y las Bases Orgánicas.

En 1844 tres actas.

En 1845 tres actas de movimientos subversivos y un pronunciamiento.

En 1846 setenta y ocho actas, siete planes de rebelión y un pronunciamiento, y el decreto del 22 de agosto, restaurando la forma federal del gobierno, de 1824. La lucha entre los bandos en pugna llegaba a su clímax, hecho que explica, entre otras razones, la facilidad con la que las fuerzas reaccionarias que ocupaban el gobierno de los Estados Unidos pudieron organizar y realizar victoriosamente la invasión de México.

En 1847, en plena guerra, se registran seis actas y tres planes.

En 1848 sólo el Plan de Lagos. Este año corresponde a la derrota de nuestras fuerzas armadas que se opusieron, sin éxito, a las tropas del gobierno yanqui. El 2 de febrero se firma el Tratado de Guadalupe Hidalgo, en virtud del cual México pierde—sin contar Texas— un territorio de 851 598 millas cuadradas, que corresponden a los actuales estados de California, Nuevo México, Nevada, Arizona, Utah y parte de Colorado y Wyoming.

En 1849 hay dos planes y un acta.

En 1851 un plan y un acta.

En 1852 seis planes, cuatro actas y un pronunciamiento.

En 1853 veintitrés actas y dos planes. El Convenio del 6 de febrero, las Bases Provinciales Administrativas del 22 de abril, y el Acta de Guadalajara, del 17 de noviembre, en pro de la dictadura indefinida.

En 1854 dos actas y el Plan de Ayutla (1 de marzo) suscrito por Juan Álvarez e Ignacio Comonfort, que después sería reformado en Acapulco, y que marca el principio de la victoria definitiva del movimiento liberal contra Antonio López de Santa Anna.

En 1855 se recogen tres planes, un pronunciamiento y cinco actas.

En 1856 dos planes, un pronunciamiento y catorce actas.

Con la promulgación de la Constitución Política—5 de febrero de 1857— las ideas del movimiento liberal se convierten en normas de la vida pública de la nación; pero las fuerzas reaccionarias no ceden. La Ley Juárez del 22 de noviembre de 1855, suprimiendo los fueros eclesiásticos y militares, y la Ley Lerdo, del 20 de abril de 1856, que ordena la desamortización de los bienes eclesiásticos, prólogo de la Constitución, hacen ver al movimiento conservador que el cambio en la estructura política del país será

completo; por eso sigue luchando a pesar de la victoria aplastante de los liberales.

Entre tanto, el gobierno de Napoleón III ve en la situación de México una ocasión para invadirlo y transformarlo en una colonia de su imperio. Ocorre una serie de incidentes provocados para facilitar la intervención, que se inicia en 1862, y hacer posible la instauración del llamado "Segundo Imperio Mexicano", cuyo Estatuto Provisional se expide el 1 de abril de 1865, que va a encarnar el archiduque Maximiliano de Habsburgo.

De 1864 a 1867, los liberales, que ya no son un movimiento que aspira al poder, sino la representación legítima de la República, luchan contra el invasor y contra las fuerzas reaccionarias mexicanas que le sirven de apoyo. Tres años de una nueva guerra contra una potencia extranjera que, venturosamente, no termina como la de 1847. En plena batalla, Benito Juárez expide las Leyes de Reforma, que han de incorporarse después en la Carta Magna del país y destruyen el poder económico y político de la iglesia Católica.

Benito Juárez, el forjador de la República, uno de los símbolos más grandes de la nación y el fruto humano mayor de la lucha tremenda del movimiento liberal, murió el 18 de julio de 1872. Don Sebastián Lerdo de Tejada fue elegido para sustituirlo, pero al intentar su reelección, el general Porfirio Díaz proclamó el Plan de Tuxtepec, defendiendo el principio de la "No Reelección" y, después de vencer a las fuerzas del gobierno en Tecuac, asumió la Presidencia el 26 de noviembre de 1876.

En el fondo de esta lucha ininterrumpida, que se agrava con las dos guerras internacionales —es necesario repetirlo— se agita el profundo afán popular de lograr la independencia completa de la nación y establecer un régimen democrático que facilite el progreso del país y la elevación de las condiciones de vida de la mayoría de los mexicanos.

El general Porfirio Díaz estableció la paz interior, pero fue una "paz de sepulcro", como la llamaran sus opositores en frase cierta, porque estaba basada en la esclavitud de los campesinos y de los obreros, y en la ausencia total de las garantías individuales. Esa paz engendró la Revolución.

Los actos y los movimientos contra la dictadura fueron numerosos en la última década del siglo XIX y en los primeros años de

la presente centuria. Los más importantes, por sus repercusiones, fueron: el Primer Congreso Liberal reunido en San Luis Potosí, el 5 de febrero de 1901, presidido por el ingeniero Camilo Arriaga, que aprobó una serie de resoluciones y en el mes de marzo siguiente, por medio del Club Liberal Ponciano Arriaga, de la misma ciudad de San Luis, dirigió un manifiesto a la nación contra la dictadura, firmado por Camilo Arriaga y Antonio Díaz Soto y Gama, entre otros.

El Programa del Partido Liberal y manifiesto a la nación, del 1 de julio de 1906, suscrito en San Luis Missouri, Estados Unidos, por Ricardo Flores Magón, Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal, Enrique Flores Magón, Librado Rivera y Manuel Sarabia, en el cual campean resabios de la doctrina anarquista y nociones generales del socialismo utópico, junto a demandas concretas y urgentes del pueblo, expresadas de manera vigorosa. La huelga de los mineros de Cananea iniciada el 31 de mayo de 1906. El levantamiento de Acayucan, Veracruz, del mismo año —30 de septiembre— encabezado por Hilario C. Salas. Las huelgas de los obreros de Puebla y Orizaba, que terminan con el laudo adverso del general Porfirio Díaz, del 5 de enero de 1907, y con la matanza de los obreros de Río Blanco, el 7 del mismo mes, y el Plan de San Luis Potosí, suscrito por don Francisco I. Madero, el 18 de noviembre de 1910.

El 16 de octubre de 1911 fue designado Madero como Presidente de la República, en un acto que tiene las características de un plebiscito nacional. Pero al pueblo no le basta con la libertad del sufragio, de la que disfrutó, como en un relámpago, aquella vez. Reclama la destrucción del régimen económico de la dictadura porfiriana. Esta exigencia se corporiza en el Plan de Ayala, del 28 de noviembre de 1911, que postula la destrucción de los latifundios y la entrega de la tierra a los campesinos, suscrito por los generales Emiliano Zapata, Otilio E. Montaña, José Trinidad Ruiz, Eufemio Zapata, Jesús Morales, Próculo Capistrán, Francisco Mendoza y numerosos coroneles y capitanes del Ejército Libertador del Sur.

México entra en una etapa nueva. Se va a revisar, al fin, la estructura económica del país. Pero las fuerzas reaccionarias, derrotadas sólo superficialmente en el aspecto político, disponen del ejército, convertido en casta profesional y en instrumento de

los hacendados y los extranjeros que disfrutaban del régimen social establecido. El 22 de febrero de 1913, el jefe del ejército, Victoriano Huerta, aconsejado por el embajador de los Estados Unidos en México, Henry Lane Wilson, asesina al presidente Francisco I. Madero y al vicepresidente de la República, José María Pino Suárez. Estalla entonces la Revolución.

El Plan de la Hacienda de Guadalupe, del 26 de marzo de 1913, firmado, entre otros, por Jacinto B. Treviño, Lucio Blanco, Agustín Millán, Cesáreo Castro, Daniel Ríos Zertuche, Alfredo Breceda, Francisco J. Mújica y Guadalupe Sánchez, desconoce a Victoriano Huerta —que se ha proclamado Presidente de la República— y nombra al gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, primer jefe del Ejército Constitucionalista, que habrá de restaurar el orden constitucional roto por el golpe de Estado, y convocar a elecciones generales.

El movimiento liberal resurge, pero ya no es el de la Reforma. Se ha enriquecido con la experiencia de medio siglo. Es ahora un movimiento que trata de alcanzar los tres principales objetivos de nuestra historia: la independencia plena de la nación, la vida democrática interior y el mejoramiento creciente de la vida del pueblo.

Ningún partido político verdadero y permanente pudo formarse en los años de la lucha contra el ejército de Porfirio Díaz. Del seno del pueblo levantado en armas surgieron los directores políticos, que eran los propios caudillos militares. Ellos fueron los exponentes de las ansiedades populares y los ejecutores de las leyes dictadas en medio de la guerra civil y encaminadas a satisfacerlas. Cada jefe hacía justicia al pueblo a su modo, destruyendo los cimientos de la dictadura y castigando a los que seguían empeñados en sostenerla en los diversos aspectos de la vida nacional. Entre esos caudillos se destacó Francisco Villa, el guerrillero más notable de la historia de México, después de Morelos.

Cuando el ejército del pueblo triunfa y un nuevo Congreso Constituyente proclama, el 5 de febrero de 1917, la nueva Constitución de la República, el panorama político del país es por demás interesante. Alrededor de los grandes caudillos nacionales se forman agrupamientos políticos con el nombre de "partidos" y en los diversos estados surgen también facciones que dependen de los caudillos locales. Pero esos "partidos" siguen siendo movi-

mientos políticos más o menos amorfos; no son agrupaciones permanentes; carecen de programas; no cuentan con afiliados fijos, y su línea estratégica y táctica no depende de quienes los forman, sino de la voluntad omnímota del jefe que los preside. Cuando éste resulta victorioso, su partido crece; cuando es derrotado, su partido se extingue. Estos agrupamientos se multiplican del año de 1917 a 1929.

Al concluir su periodo presidencial —diciembre de 1924 a noviembre de 1928— el general Plutarco Elías Calles, para seguir gobernando al país a la muerte del general Álvaro Obregón, concibe la idea de la formación de un partido nacional. En el mes de marzo de 1929 surge ese organismo, con el nombre de Partido Nacional Revolucionario, sin consulta con el pueblo. Para que disponga de dinero, el gobierno acuerda descontar arbitrariamente, una parte de sus salarios a los empleados públicos. Todo el mundo ve en ese organismo un simple instrumento del general Calles y su camarilla para perpetuarse en el poder.

No obstante esto, el Partido Nacional Revolucionario representa algún progreso en el desarrollo político del país, porque con su aparición se disuelven los partidos regionales y la acción de los caciques de los estados se coordina con la de los caudillos más importantes de la nación. Es, por lo menos, un paso para superar aquel caos político.

Cuando el general Lázaro Cárdenas llega a la Presidencia de la República, el PNR empieza a adquirir el carácter de un instrumento de lucha popular por el logro de los propósitos de la Revolución. A invitación suya, los principales dirigentes obreros y campesinos del país llaman a los trabajadores para que se incorporen al partido.

Pero en los años siguientes, cuando el gobierno cede a la presión de los caciques locales, y es incapaz de imponerles el respeto a los principios democráticos, el PNR pierde su prestigio relativo. En este vaivén se mantiene hasta el mes de marzo de 1938.

Días después de la expropiación y nacionalización de la industria del petróleo, los monopolios angloamericanos afectados por la trascendental resolución del presidente Lázaro Cárdenas, tratan de organizar un golpe de Estado, contando, como siempre, con el apoyo de las fuerzas reaccionarias internas. Ante la debili-

dad evidente del PNR para movilizar y dirigir a las masas populares y a las fuerzas determinantes de la vida pública, el proletariado, representado por la Confederación de Trabajadores de México, propone la disolución del PNR y la creación de un organismo político transitorio que unifique a todas las fuerzas progresistas y patrióticas y haga fracasar los propósitos del imperialismo y de la reacción. Para este fin, el día 30 de marzo de 1938 queda constituido el Partido de la Revolución Mexicana, por un pacto entre la Confederación de Trabajadores de México, la Confederación Regional Obrera Mexicana, la Confederación General de Trabajadores, el Sindicato Mexicano de Electricistas, el Sindicato Industrial de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos, los miembros del ejército y de la armada, en su carácter de ciudadanos, y los elementos políticos que forman parte de la burocracia del gobierno federal y de los gobiernos de los estados, con el nombre de sector popular.

Salvado el peligro de un golpe de Estado y de la intervención extranjera en los asuntos internos de nuestro país, y resuelto el problema de la sucesión presidencial, el PRM había cumplido su misión. El nuevo Presidente de la República, general Manuel Ávila Camacho, sucesor del general Cárdenas, ordena que los miembros del ejército y de la armada se desliguen del partido, y éste queda reducido a los contingentes de la clase trabajadora y de los grupos políticos dependientes de las autoridades.

Ha llegado una hora propicia a la creación de nuevos y verdaderos partidos. En respuesta, sin duda, a una fuerte opinión popular, el presidente Ávila Camacho inicia ante el Congreso la reforma a la Ley Electoral de Poderes Federales, afirmando que la Revolución está consolidada, que ha aumentado la educación cívica del pueblo y que, por tanto, el poder público debe intervenir en los actos electorales lo menos posible, y la ciudadanía debe participar al máximo en la designación de sus representantes. Pero los intereses creados se aferran a la idea de mantener como único partido político al PRM, organismo de coalición creado para una emergencia, y se oponen a que sea disuelto.

Es tan débil la autoridad del PRM, que al presentarse la lucha electoral para elegir al sucesor del general Manuel Ávila Camacho, las agrupaciones revolucionarias y democráticas, coligadas a iniciativa de la CTM, crean un gran Comité Electoral Nacional integrado por todas ellas, al margen del PRM. Ese amplio comité fue

el instrumento para elegir Presidente de la República al licenciado Miguel Alemán.

Y surge la sorpresa. Sin consulta con las agrupaciones y las personalidades de la vida mexicana, asociadas para llevar al triunfo la candidatura del licenciado Miguel Alemán, nace un nuevo organismo en sustitución del PRM, el Partido Revolucionario Institucional, que en su declaración de principios, en su programa de acción y en sus estatutos, apunta ya la tendencia a sujetar y monopolizar la actividad cívica de todos los ciudadanos del país.

Su origen antidemocrático habría de hacer del PRI lo que es: el departamento burocrático del poder público para simular las luchas electorales e imponer a los funcionarios de los poderes de la Unión y de los estados.

LOS CAUDILLOS

El periodo que se inicia con el régimen de don Venustiano Carranza y termina con el de don Manuel Ávila Camacho, puede considerarse como aquel que gobernaron los caudillos surgidos de la Revolución.

Es un periodo de altas y bajas, de avances y retrocesos, de realizaciones constructivas y de capitulaciones y aun traiciones, pero su saldo de conjunto puede considerarse positivo. Los caudillos están cerca todavía del gran aliento popular de la Revolución. Sin embargo, al mismo tiempo que bajo sus diferentes gobiernos se asestan los golpes más rudos al pasado feudal y a la dominación imperialista, su política, como es históricamente incontrovertible, crea las bases para el surgimiento de la nueva burguesía mexicana. Una burguesía cuyo sector más positivo está formado por los industriales nacionalistas y cuya ala más amenazante la constituye una burguesía burocrática, pegada a los favores del poder, corrompida y entreguista.

Don Venustiano Carranza tenía, indudablemente, cierta tendencia moderadora y aun conservadora, pero supo presidir el nacimiento de la nueva Constitución progresista; se opuso a que el país se sometiera al imperialismo yanqui y con el consejo de sus amigos más esclarecidos, entre los cuales se destacó sobre todo Luis Cabrera, sentó bases legales para el desarrollo ulterior de la política de la Revolución.

El general Álvaro Obregón (diciembre de 1920-noviembre de 1924) fue el primer impulsor, desde el gobierno, de los derechos de los campesinos y los obreros; el iniciador de la destrucción del latifundismo mexicano, y un enérgico acusador de las fuerzas retardatarias.

El general Plutarco Elías Calles (diciembre de 1924-noviembre de 1928), durante la primera mitad de su gobierno fue un continuador de la obra del general Obregón y el estadista que vio con claridad la urgencia de fortalecer las fuerzas productivas del país y de encauzar el progreso económico independiente de la nación. Al final de su gestión gubernativa retrocedió y capituló ante la presión del imperialismo yanqui.

El general Lázaro Cárdenas (diciembre de 1934-noviembre de 1940) no sólo prosiguió la obra de sus predecesores, sino que la llevó hasta el máximo que le fue dable, tanto en el terreno de la defensa de la independencia nacional cuanto en el mantenimiento firme de las libertades democráticas y del mejoramiento del nivel de vida del pueblo. Amplió la concepción de la Reforma Agraria, llevándola hasta la entrega de la tierra a los campesinos. Impartió justicia a la clase trabajadora, sin intervenir jamás en el régimen interno de las agrupaciones sindicales. Hizo respetar los derechos de reunión y de asociación para fines políticos y la libertad de prensa y de creencias. Impulsó grandemente la educación popular. Creó el Instituto Politécnico Nacional, para la formación de los técnicos indispensables para el desarrollo económico del país. Nacionalizó los ferrocarriles. Impulsó la irrigación de las tierras. Se abstuvo de solicitar o de aceptar empréstitos del extranjero. Estableció condiciones para las inversiones y préstamos del exterior e hizo respetar la soberanía nacional expropiando y nacionalizando la industria petrolera. La obra de Cárdenas levantó, dentro y fuera del país, el odio de las fuerzas enemigas de la libertad doméstica y de la independencia de México. Entregó el poder de manera legítima y democrática a su sucesor, apoyado por las fuerzas decisivas del pueblo, a las que supo interpretar y defender con entereza ejemplar.

El general Manuel Ávila Camacho (diciembre de 1940-noviembre de 1946) gobernó en un periodo muy difícil para México y para la vida internacional: la etapa de la Segunda Guerra Mundial. Su principal obra consistió en contribuir a la lucha mundial contra el

fascismo y en no hacer sentir la mano del gobierno contra ningún mexicano, a pesar de que al entrar en guerra nuestro país se suspendieron las garantías individuales. Ávila Camacho fue el continuador de Cárdenas en la gran tarea histórica de impedir, por la persuasión y la educación constante, que el ejército surgido de la Revolución actuara como fuerza política, sin tomar en cuenta la voluntad de las masas populares. Cárdenas y Ávila Camacho son los primeros civilistas de la vida contemporánea de nuestro país y con ellos termina la etapa de los caudillos.

LA BURGUESÍA BUROCRÁTICA

La etapa de los caudillos ha concluido.

La Revolución, al ampliar el mercado interior de nuestro país, con la destrucción de las bases del latifundio, y hacer posible su desarrollo industrial, dio origen a una verdadera burguesía, cuyo poder era mínimo en 1910 y hoy es muy importante, proyectando su influencia decisiva sobre el poder público.

El régimen del presidente Miguel Alemán (diciembre de 1946-noviembre de 1952) —el primero después de la etapa de los caudillos— representa un viraje en redondo de la política seguida durante el periodo anterior, respecto de la independencia nacional y la vida democrática. Ese viraje produce, a su vez, la consolidación de una nueva capa de la burguesía, la burguesía parasitaria, burocrática, integrada por políticos profesionales, que amasa fortunas enormes con el dinero y los recursos administrativos de la nación y hace de la corrupción el método oficial de gobierno.

En 1910 la clase obrera mexicana era muy débil, numérica e ideológicamente considerada. Por eso no fue una fuerza decisiva en la preparación y en el desarrollo de la Revolución. Los campesinos llevaron a cabo el movimiento armado, pero iletrados en su gran mayoría, sin teoría política y sin una visión revolucionaria superior justa, no supieron ni pudieron impedir que la Revolución cayera bajo la dirección ideológica y práctica de la pequeña burguesía de aquel tiempo.

Esa pequeña burguesía desapareció con el desarrollo de la lucha y abrió el paso hacia el gobierno a elementos que renegaban de su conducta inicial y que, ajenos al pueblo e insensibles al gran

drama de nuestra historia, abandonaron la causa sagrada de México y se ligaron al imperialismo norteamericano.

Respecto de la independencia nacional, de la elevación del nivel de vida de las masas populares y del desarrollo democrático, hemos desandado el camino que, en 1938, seguía el pueblo con entusiasmo juvenil y confianza renovada en su destino.

El panorama de los últimos años no puede ser peor. Una política económica diametralmente opuesta a la verdadera industrialización del país; a la formación del capital nacional; a la protección de las reservas monetarias y del peso mexicano; a la fijación de condiciones estrictas para las inversiones extranjeras; a la difusión de nuestro comercio exterior; a la distribución más justa de la renta nacional, que no evita la fuga en masa, al país del norte, de centenares de miles de los mejores mexicanos; que no detiene el alza de los precios ni permite el necesario aumento de los salarios.

En el campo social, la política de controlar o anular a los líderes del movimiento obrero, mediante el cohecho o la persecución, para destruir la independencia de las agrupaciones sindicales e incorporarlas al Estado, como en un régimen corporativo, política que se ha extendido a los sindicatos de trabajadores del gobierno y a las organizaciones campesinas. La práctica de evitar el ejercicio del derecho de huelga mediante la amenaza de declarar ilegal cualquier suspensión de labores y el cumplimiento de la amenaza. La discriminación de las centrales obreras o campesinas no afiliadas al PRI, por parte de los funcionarios públicos que tienen el deber de recibir y atender en justicia las peticiones de los mexicanos, sin tomar en cuenta sus ideas o sus creencias. La ausencia de democracia en el seno de los sindicatos y comunidades campesinas. El enriquecimiento de los líderes que se han convertido, en muchas regiones del país, en dueños de comercios y de fábricas o en terratenientes, y no obstante su carácter patronal se siguen ostentando, sin rubor, como defensores de la clase obrera. La incorporación de la CTM a la Federación Americana del Trabajo, órgano de penetración y división del movimiento obrero internacional por parte del Departamento de Estado de los Estados Unidos. La expulsión del sindicato y la pérdida de trabajo de quienes se atreven a reclamar el respeto a los estatutos de su organización. La abyección de los líderes obreros, convertidos en

lacayos del Palacio Nacional, atentos a las intenciones, reales o supuestas, del Presidente de la República, para ser los primeros en cumplirlas, exagerándolas en prueba de subordinación incondicional al poder público. La actitud antipatriótica de los mismos dirigentes obreros de ir a solicitar, ostensiblemente, órdenes del vicepresidente de los Estados Unidos, para ser acreedores a la confianza del gobierno de Washington. Su repentina y escandalosa profesión de fe de "anticomunistas", para alcanzar puestos de elección popular o hacer negocios lucrativos.

Una investigación, aun superficial, acerca de las fortunas logradas por esta nueva burguesía parasitaria, integrada por funcionarios públicos, caciques políticos, sindicales y agrarios, revela cuán profundamente ha penetrado la corrupción en la vida social de nuestro país. Los secretarios de Estado, los jefes de departamento, los directores o gerentes de las instituciones descentralizadas y los gobernadores, con pocas excepciones, forman empresas propias para adjudicarles la ejecución de las obras y servicios que sus dependencias deben realizar, cobrando precios muy superiores a los justos. Reciben préstamos cuantiosos, en su nombre o por interpósitas personas, de las instituciones de crédito del gobierno, y utilizan a los técnicos, empleados, obreros, equipos y máquinas que se hallaban bajo sus órdenes para levantar haciendas agrícolas y ganaderas en las regiones más ricas del país, obteniendo la tierra, casi siempre, de manera gratuita o desalojando de ella a los campesinos. Compran acciones de las empresas más lucrativas —en algunas de las cuales tienen influencia hegemónica— como los bancos, la aviación civil, los teléfonos, las fibras artificiales, la explotación de las maderas, el cinematógrafo, la pesca, los hoteles, los edificios para oficinas, los automóviles, la fabricación de tubos para la industria petrolera, etcétera.

No hay un solo negocio de altas ganancias en el que no participe esta burguesía parasitaria. Los políticos menores tienen también lo suyo, según la influencia de que disfrutan.

Con el saqueo directo de las arcas públicas o con la utilización del aparato del Estado para facilitar el logro de sus propósitos, la burguesía parasitaria ha obtenido fortunas fabulosas, de las cuales los gobernantes del pasado se horrorizarían. Los líderes de la Reforma —para no hablar de la vida inicial de la nación— seguirán siendo ejemplo de patriotismo exaltado, pero también símbo-

lo de limpieza en el manejo de los intereses públicos. Junto a ellos, la burguesía burocrática de nuestro tiempo guarda la misma relación que hay entre un pantano podrido y el agua de lluvia. El general Porfirio Díaz fue el dictador del país por más de tres décadas y murió pobre. Francisco I. Madero no dejó fortuna a su viuda. Emiliano Zapata no tenía más patrimonio que sus armas y sus caballos de guerrillero. Francisco Villa, al concluir la lucha armada, inició su nueva vida en un rancho adquirido por el gobierno para él y los jefes fieles al gran capitán de la División del Norte. Don Venustiano Carranza fue un hombre de severa austeridad. Junto a ellos, la burguesía parasitaria de hoy parece una banda de malhechores.

Pero esta burguesía infecunda no es sólo inmensamente rica para un país cuyo pueblo tiene hambre, camina descalzo, viste las ropas más humildes y se aloja en tugurios infectos y en chozas primitivas, sino que hace gala de su opulencia. Para ocultar el complejo de inferioridad congénito a los ricos improvisados, en un país semicolonial situado en la zona tropical del planeta, actúan como grandes señores. Tienen casas de recreo en los lugares más pintorescos, grandes palacios en las ciudades, multitud de automóviles de lujo, aviones propios, y rivalizan en sus fiestas con los supervivientes de la aristocracia pulquera de 1910 y con la fauna grotesca de algunos nobles europeos de ínfimo rango que habitan en México, entre los cuales se descubre, periódicamente, a algún estafador profesional que se esconde de la policía.

Incultos, aunque algunos de ellos tengan títulos universitarios; cursis hasta lo grotesco, vanidosos hasta el delirio, cuando disfrutan del poder pierden la noción de las proporciones y de la realidad, y adulados por sus sirvientes y sus cómplices, y por algún poeta audaz que canta loas a su genio, llegan a creer que la historia de México principia con ellos y que el porvenir les pertenece de manera perpetua.

Estos burgueses parásitos, en medio de la borrachera de dinero y de poder en que viven, contrastan en forma grotesca con la sobriedad y el carácter introvertido del pueblo mexicano, que mientras no acumula dolor y desesperación suficientes para estallar, se burla de ellos y los desprecia. ¡Cómo difieren en calidad y en significado las fiestas de nuestros indígenas y del pueblo pobre,

llenas de alegría, de color y de reverencia hacia la tierra en que nacieron, y de elegancia refinada dentro de su gran sencillez, de las fiestas de la burguesía burocrática, en las que se mezclan, en hibridismo detonante, los arreos más caros y la vulgaridad de lo intelectual y lo físico!

Todavía no ha olvidado nuestro pueblo, gracias a la amplia difusión que les dio la prensa, algunas de las fiestas nupciales realizadas durante el periodo del gobierno anterior, en las que los regalos para los desposados consistían en casas de recreo situadas en las playas del Mediterráneo, en cheques bancarios cuyo importe podía alimentar a un pueblo, en automóviles de lujo, vajillas de oro y otros objetos que sumaban millones de pesos; fiestas que remataban en banquetes de fábula durante los cuales, para asombrar a los que no habían llegado aún a esta altura de refinamiento, se leían mensajes haciendo votos por la felicidad de los novios, icuyo contenido poético hacía resaltar un fondo musical tomado de cualquier película de Hollywood!...

No ha olvidado tampoco nuestro pueblo la fantástica fiesta de disfraces, de una noche del verano de 1952, en la residencia presidencial de Los Pinos, en la que, de acuerdo con la delicada crónica publicada por el diario *Excélsior*, en su edición de 11 de agosto, los prohombres del régimen, con barbas postizas de la época de las cavernas, se mezclaron con los Luises y los Pompadour, las María Antonieta, las Cleopatra, las reinas de los Ursino, las princesas de tiempos de Carlos V, las aristócratas manchúes, las goyescas, las venecianas y las jarochas, las tehuanas y las nobles aztecas. Y las gaviotas, los minués y los valeses con La bamba y La raspa; los faisanes y las langostas con los chilaquiles; en medio de un río de champaña iluminado por joyas y telas deslumbrantes, algunas traídas ex profeso desde la India.

En cuanto a la vida política de México, el panorama actual corre parejo con la situación económica y social del país. El propósito de los presidentes Lázaro Cárdenas y Manuel Avila Camacho, de estimular la organización de los ciudadanos para su libre participación en las luchas políticas, que implicaba una intervención cada vez menor del poder público en las elecciones, y una participación mayor de la ciudadanía, no sólo no fue secundado por el gobierno del presidente Miguel Alemán, sino que en esa materia nuestro país retrocedió también de modo evidente.

Recuerdo la opinión de uno de los más altos funcionarios públicos, amigo íntimo del presidente Alemán, cuando yo le hacía ver la forma arbitraria en que eran designados los gobernadores de los estados. Esa persona me dijo: "Sólo hemos modificado un poco el procedimiento tradicional, porque durante los gobiernos de don Lázaro y de don Manuel lo que ocurría era que los aspirantes a la gubernatura de los estados, todos ellos amigos del Presidente de la República, se disputaban el poder de una manera escandalosa, que llegaba en ocasiones a la violencia, para que, a la postre, el partido decidiera en favor de alguno de ellos. Ahora le hemos ahorrado al pueblo sus inquietudes y a la opinión pública muchas molestias, porque el presidente Alemán no permite que sus amigos riñan en público por el gobierno de un estado, sino que elige a alguno de ellos y obliga a los demás a que se disciplinen".

Yo repliqué: "¿Y el pueblo que quiere votar, que desea elegir a un gobernador de su simpatía?"

—"¡El pueblo! Usted sabe que eso no cuenta ni contará jamás en la elección de los gobernantes de México."

Y ese fue el procedimiento empleado. Los gobernadores de los estados fueron designados por el Presidente de la República. Los gobernadores nombraban a los diputados de las legislaturas locales. Éstos ponían a los alcaldes y regidores de los ayuntamientos, y el Ejecutivo de la Unión, oyendo a veces a los gobernadores y concediéndoles una parte de sus demandas, elegía a los diputados y a los senadores del Congreso de la Unión.

Ese método se sigue en la actualidad, y como el vicio y la virtud se perfeccionan con el tiempo, el espectáculo que presenciamos hoy, frente a la elección que ha de realizarse en el mes de julio próximo, de los miembros de la Cámara de Diputados del Congreso y de los gobernadores de algunos de los estados, no puede ser más deprimente. Basta leer los diarios de la Ciudad de México para conocer en todos sus detalles el sistema: Los aspirantes a diputados se reúnen en el patio y en los corredores del edificio que ocupa el comité nacional del PRI, como los traficantes de la bolsa de valores de cualquier país capitalista, esperando el alza o la baja de sus posibilidades de alcanzar el puesto que anhelan, pues la confección de las listas de diputados es difícil, ya que es necesario satisfacer muchas exigencias y el número de las curules

es corto. La lucha se concentra entonces en la búsqueda de influencias políticas, hasta que —según la propia expresión de los interesados— aparece la lista de los "amarrados", que es la que el pueblo debe sancionar con su voto entusiasta. En cuanto a la designación de los gobernadores el procedimiento es distinto: con la linterna de Diógenes en la mano, se busca a algún ciudadano que por sus antecedentes pacíficos y por no formar parte de las camarillas que se disputan el poder local, pueda servir para el caso, y dependa en su actuación exclusivamente del gobierno federal.

El pueblo mexicano, que durante la lucha electoral de 1952 se movilizó como nunca desde la elección del presidente Francisco I. Madero, confiando en que su inconformidad sería escuchada y en que el gobierno que reemplazaría al del presidente Miguel Alemán sería la rectificación de los errores y de los procedimientos que aquél puso en práctica, ante la situación que prevalece hoy reacciona renunciando a participar en las elecciones futuras.

Sin la boleta de elector no hay derecho para votar y como los ciudadanos y ciudadanas no quieren empadronarse, se acude a todos los procedimientos coercitivos. Una huelga nacional de ciudadanos señala el apogeo del régimen democrático a que hemos llegado después de medio siglo de iniciada la Revolución.

LA REVOLUCIÓN NO HA FRACASADO

Si este es el panorama que presenta nuestro país con relación a los objetivos fundamentales de la Revolución, ¿debemos declarar que la Revolución Mexicana ha fracasado o que hemos entrado en una nueva etapa histórica que ha rebasado ya los objetivos de la Revolución?

Ni lo uno ni lo otro es cierto. La Revolución no ha fracasado porque no ha alcanzado sus metas y el pueblo sigue empeñado en lograrlas. La que ha fracasado es la burguesía parasitaria que ha gobernado al país en la última época.

Las premisas para el desarrollo progresivo de la revolución democrática, antifeudal y antimperialista existen: el latifundismo de la época porfiriana ha sido roto en sus bases; los derechos principales de la clase obrera tienen el valor de normas constitucionales; se han nacionalizado el petróleo y los ferrocarriles; el

Estado desempeña el papel de promotor de la producción en algunas ramas importantes de la economía nacional; el desarrollo de la industria manufacturera ha aumentado el número de los obreros; sus luchas constantes han educado a los campesinos en el sentido social y político; la crisis en que se debaten los sectores de la clase media, colocada entre la burguesía y el proletariado, los ha hecho más conscientes de sus derechos y de sus perspectivas; los industriales mexicanos dedicados a la producción con sus propios recursos y combatidos, cada día más fuertemente, por la competencia de las mercancías extranjeras y por las fábricas y laboratorios levantados por el capital norteamericano en nuestro país, luchan de una manera firme y justa por la defensa de sus intereses y los de la nación. Todo esto establece los cimientos para el progreso futuro del pueblo y para el logro de la plena independencia nacional.

La clase obrera, cuando estaba unificada y luchaba por sus propios intereses, por los del pueblo y por los de México, demostró que es la única clase social auténticamente revolucionaria y la única también que puede encabezar las grandes luchas populares. En la defensa de la independencia nacional, basta con recordar la lucha tenaz e implacable de los trabajadores del petróleo, dirigidos por la CTM de entonces, que hizo posible la expropiación de las empresas extranjeras y la nacionalización de la industria. En la lucha por la democracia es suficiente con señalar el caso de la creación del PRM, que evitó un golpe de Estado, consolidó el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas e hizo posible la sucesión presidencial, sin quebrantos para la vida institucional de nuestro país. En la elevación del nivel de vida del pueblo, la clase obrera logró en aquel periodo una situación general que no ha sido mejorada después. En todos los cambios económicos y sociales de esa etapa, el proletariado fue un factor constructivo, con clara conciencia de su papel de clase explotada, en el seno de un país semicolonial, con fuertes supervivencias de su pasado feudal y esclavista. Esas luchas del proletariado demostraron que cuando la clase obrera está unida y bien dirigida, es una fuerza capaz de agrupar a todos los sectores progresistas del país y conducirlos.

LA DEMOCRACIA DEL PUEBLO

En consecuencia, debemos decirlo claramente:

Si para la burguesía burocrática y parasitaria asociada al imperialismo, la Revolución Mexicana ha terminado, para las clases populares, para las fuerzas sanas de la nación, la Revolución no ha terminado y tiene que seguir adelante no sólo para realizar sus objetivos tal como inicialmente fueron concebidos, sino para realizar los viejos y los nuevos anhelos de nuestro pueblo, en las condiciones indicadas por el desarrollo de la nación en el mundo actual.

Es necesario y urgente poner otra vez en marcha la Revolución Mexicana.

Ante el fracaso del régimen establecido por la burguesía parasitaria que ha gobernado a México en los últimos años, nosotros preconizamos un régimen diferente. El régimen que postulamos en la campaña de 1952. El sistema de gobierno concebido en nuestros discursos de la gira electoral, cuya idea medular, central y constante, fue esta: la necesidad para México de un gobierno democrático y antimperialista, apoyado fundamentalmente en los obreros, los campesinos, la clase media y los industriales patriotas.

Si se examina la composición de los últimos gobiernos, no sólo del gobierno federal, sino también de los gobiernos de los estados, es fácil percatarse de que no ha habido en ellos ni un solo representante genuino de la clase obrera, ni uno solo que de manera auténtica haya representado los intereses de la masa campesina; ni uno solo que haya representado los intereses de los industriales mexicanos; ni uno solo que haya representado en verdad los intereses de las capas medias de la población. Esos gobiernos, independientemente de las cualidades y de las buenas intenciones de algunos de sus componentes, han representado exclusivamente a la nueva burguesía burocrática.

Ha llegado el momento de declarar que esa clase social no debe continuar al frente de los destinos de la patria mexicana.

¿Qué tipo de gobierno postulamos nosotros?

Una democracia del pueblo. Un gobierno elegido realmente por el pueblo, desde sus primeros hasta sus más altos escalones, e integrado por representantes del pueblo que trabaja y produce. Un gobierno que, defendiendo los intereses del pueblo y del país,

sea capaz de inaugurar una nueva época histórica en la que el poder público se convierta en servidor del pueblo y en escudo invulnerable de la nación mexicana.

Un gobierno integrado por obreros, burgueses y pequeño-burgueses de la ciudad y el campo, que sea insobornable por la reacción y por el imperialismo, bajo la dirección de la clase obrera. Un gobierno, en fin, que luche día a día por la independencia nacional económica y política; por el mejoramiento decisivo de las condiciones de vida de los obreros, de los campesinos y de la clase media; por garantizar el desarrollo de la industria nacional y del comercio nacional, defendiéndolos de la desigual competencia extranjera. Un gobierno que haga realidad sin subterfugios el derecho del pueblo a elegir a sus gobernantes. Un gobierno que realice la unidad y la fraternidad de la nación, bajo el signo del progreso social y que en el orden internacional mantenga relaciones de amistad y cooperación con todos los países de la Tierra, sin depender de los dictados de ningún otro país, de este o de cualquier continente, y sin adquirir ningún compromiso que sea contrario a la causa de la paz mundial.

La tarea inmediata de nuestro partido no consiste, a mi modo de ver, en comenzar a repetir de un modo superficial estos términos, sino en examinarlos, desentrañar su contenido, ampliarlo y profundizarlo, para elaborar, en una profunda discusión, las tesis programáticas que la Segunda Asamblea Nacional debe considerar de la manera más cuidadosa y responsable.

Con mucha más razón, esto quiere decir que no debemos, en todo caso, considerar de un modo simplista la cuestión del establecimiento del gobierno democrático y antimperialista que hemos delineado, sino analizar con toda atención y en cooperación con el pueblo, los caminos y los medios para lograr ese tipo de gobierno.

Mis palabras de hoy son un primer aporte a ese análisis.

EL PROLETARIADO EN LA REVOLUCIÓN

He manifestado mi convicción —fruto, más que de la teoría, de la experiencia— de que la clase social proletaria es la llamada a encabezar la Revolución en su nueva etapa, en la revolución de mayor y más preciso contenido popular que debe venir.

Deseo explicar algo más mis ideas al respecto.

La clase obrera ha adquirido ya no sólo conciencia de sus derechos de clase, sino también de sus tareas y responsabilidades históricas. Esto es cierto, a pesar de que transitoriamente su voluntad y su conciencia aparezcan enajenadas y deformadas por dirigentes que la han traicionado y vendido. Por eso puede aspirar a desempeñar el papel dirigente en la nueva etapa de la Revolución.

Pero la dirección del proletariado en la Revolución no puede ser un hecho mecánico ni espontáneo. No es una simple consigna estereotipada, sino una realidad que debe conquistarse paso a paso y arduamente.

Ante todo, es indispensable reconstruir el movimiento obrero, unificarlo por abajo —y si es posible también por arriba— unirlo como consecuencia de las luchas comunes de los trabajadores por el logro de las reivindicaciones inmediatas. La unidad que se basa sólo en la apariencia de la unidad, en los arreglos oscuros de los falsos dirigentes, a espaldas de las masas, no es ni puede ser una unidad estable y fecunda. La unidad orgánica, sólida y permanente, es siempre el fruto de la unidad de los trabajadores de base, y ésta se logra mediante la movilización en la lucha por los intereses legítimos de la propia clase trabajadora.

De ahí la enorme importancia de esclarecer las reivindicaciones de la clase obrera, tanto las que se refieren a sus intereses inmediatos, cuanto a las que tocan a sus intereses futuros.

Cuando la clase obrera, unificada y bien dirigida, vuelva a ser la clase más resuelta en la defensa de los derechos del pueblo y de la nación, no sólo puede aspirar a la hegemonía de la lucha conjunta de las fuerzas patrióticas, sino que nadie podrá disputarle esa dirección.

Para ello, debe establecerse también una cooperación estrecha entre la clase obrera y los campesinos, que son el otro sector social determinante en la vida del pueblo mexicano. Esta alianza combativa y permanente hará posible la alianza más amplia con los sectores de la clase media urbana y con los industriales antimperialistas.

REVOLUCIÓN POR CAMINOS DE PAZ

Necesitamos una nueva Revolución. Esta revolución será la cuarta etapa de la Revolución ininterrumpida de nuestra historia, después de las etapas de la Independencia, de la Reforma y de la lucha contra la dictadura de Porfirio Díaz.

Esta cuarta revolución tendrá sus propias características. Será una revolución de formas pacíficas, de organización empeñosa y diaria de la clase obrera, de los campesinos, de la clase media y de los industriales patriotas. Será una revolución basada en la vigorización de la conciencia de clase del proletariado y en la educación política de las otras fuerzas sociales que han de cooperar a la democracia del pueblo. Una revolución caracterizada por grandes movimientos de masas, vigorosos, resueltos y entusiastas.

¿Por qué una revolución pacífica y no una revolución armada?

Los pedantes dirán, sintiéndose profesionales de la revolución por la revolución, que no tenemos el valor para emprender una lucha violenta o que, declarándonos revolucionarios somos anti-revolucionarios en la aplicación de nuestros principios. Es indispensable precisar esta cuestión.

En las condiciones actuales —presentes— de la vida de México y de la vida internacional, la lucha armada en nuestro país para alcanzar el poder, tendría el valor de una provocación en beneficio del imperialismo norteamericano. Desde la campaña electoral de 1952, declaramos enfáticamente que éramos enemigos de la violencia como medio para conquistar el poder público y que combatiríamos con energía cualquier intento de alterar la paz interior del país, con el pretexto de la defensa del voto de los ciudadanos. La situación actual es la misma que la de 1952, agravada por la presión, cada vez más audaz, del imperialismo norteamericano.

Un movimiento subversivo contra el poder público, para implantar un nuevo sistema de gobierno, sería aprovechado por el imperialismo yanqui para organizar en nuestro país una tiranía de tipo fascista y controlar todavía más la vida económica de la nación. Por otra parte, sin la organización previa, fruto de la movilización de los principales sectores del pueblo por el logro de sus reivindicaciones, no sería posible tampoco el cambio sustancial de la naturaleza y de los métodos de gobierno.

La única lucha armada legítima en nuestro país en el momento histórico que vivimos, sería la lucha por la independencia nacional si el imperialismo norteamericano se atreviera a intervenir en nuestros problemas domésticos como lo hizo en Guatemala. Si llegara ese caso, el Partido Popular llamaría al pueblo, y a todos los patriotas, a reforzar al ejército mexicano y defender a toda costa la integridad y la soberanía de la nación.

LA DEMOCRACIA DEL PUEBLO Y EL ARTÍCULO 39 DE LA CONSTITUCIÓN
Yo soy un marxista. Hace muchos años lo declaré, al separarme de la Confederación Regional Obrera Mexicana, el día 19 de septiembre de 1932, y más que proclamarlo he tratado de servirme de sus luces para interpretar la realidad del mundo en que vivo, examinar la realidad de mi país y contribuir, de la manera más modesta, a la desaparición del sistema social basado en la explotación del hombre por el hombre.

El marxismo me ha servido para mantenerme en lucha constante contra los enemigos de mi pueblo y de mi patria y los enemigos del progreso de la humanidad. Tengo la convicción de que en breve tiempo, desde el punto de vista histórico, México será un país socialista, como lo serán todos los países de la Tierra, sin excepción.

Sé muy bien que en esta etapa de la historia humana, en el periodo de agonía del imperialismo, todas las luchas populares por la independencia nacional y por el progreso de los hombres conducen al socialismo.

Sé muy bien que en el actual periodo histórico los pueblos coloniales y semicoloniales han dejado de ser reservas del imperialismo, para transformarse en reservas de la revolución proletaria.

Pero sé también que el tránsito del capitalismo al socialismo se tiene que realizar en cada país cuando las condiciones internas y exteriores así lo indiquen, y que los medios para lograr el cambio son propios de cada país y tienen formas también peculiares.

No por temor a caer bajo las sanciones del Código Penal, acusado del delito de disolución social, preconizo una revolución pacífica en este momento de la vida de México, sino por el temor a cometer el delito de antimarxismo, que es el único que me preocupa.

La democracia del pueblo, que yo postulo, no es el socialismo, sino la organización del pueblo mexicano para desarrollar las fuerzas productivas de nuestro país y distribuir la riqueza pública de una manera más justa y equitativa. Deseo ser un factor modesto en el advenimiento de la democracia del pueblo en mi patria, para lo cual habrá que luchar venciendo mil obstáculos. A esta tarea entregaré mi vida con todo entusiasmo y con toda la fuerza de que puede ser capaz un fanático de México y de la humanidad.

Establecida la democracia del pueblo y realizados sus objetivos, si la vida me alcanza, en unión de muchos de mis compatriotas preguntaremos al pueblo si quiere cambiar su sistema social por el régimen socialista, y si la mayoría así lo decide, haremos uso del principio inmanente y fundamental de todas las normas constitucionales de nuestra historia, desde el Acta de Independencia de Chilpancingo, hasta el artículo 39 de la Constitución Política vigente que dice: "La soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo. Todo poder público dimana del pueblo y se instituye para beneficio de éste. El pueblo tiene en todo tiempo el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno".

UNA FILOSOFÍA ANTE LA NUEVA INQUISICIÓN

A fin de disolver o quebrantar las fuerzas internas de oposición a la política bélica del gobierno de los Estados Unidos, se ha realizado en los últimos años, en ese país, una de las persecuciones más grotescas contra la libertad de pensamiento, de las que registra la historia. Se ha llamado a juicio ante los tribunales y las comisiones políticas del Senado a numerosas personas, para obligarlas a confesar, tratándose de marxistas, que se proponen derrocar al gobierno de su país mediante la violencia. Han instruido a los más destacados elementos de la policía y a algunos funcionarios públicos, para que lleven a cabo las investigaciones. El procedimiento es digno de recordarse.

Habiendo leído los acusadores algunos fragmentos de las obras de Marx, Engels, Lenin y Stalin, presentan al detenido una serie de preguntas tendentes a lograr su confesión de conspirador o a que incurra en confusiones que sirvan de base para declararlo

convicto del delito de disolución social. En los términos siguientes en lo fundamental, se formulan los interrogatorios:

—¿Es usted marxista o comunista?

Si el acusado declara que sí, se dice entonces, mostrándole algunos párrafos de las obras clásicas del marxismo, que éste afirma y preconiza la dictadura del proletariado como medio para destruir el capitalismo en un país cualquiera, e instaurar el sistema socialista.

Si el detenido se limita a decir que está de acuerdo con esos textos, el tribunal lo considera confeso y lo condena a largos años de prisión. Si dice que está de acuerdo con esos textos, pero que no contienen toda la teoría marxista, los jueces lo condenan también, acusándolo de haber incurrido en contradicción, ya que los jueces conocen mejor el marxismo que cualquier marxista, y lo mandan a la cárcel.

Los antimarxistas y los falsos marxistas se parecen como una gota de agua a otra gota de agua. Ambos se basan en la desnaturalización del marxismo, atribuyéndole el valor de un acta subversiva o de un conjunto de principios que contienen recetas para actuar en todas las circunstancias en que un país puede verse colocado, ya sea en el porvenir inmediato o en el lejano futuro.

Pero el marxismo no es ni un conjunto de instrucciones para levantarse en armas, ni el estatuto de un partido político, ni un libro sagrado y misterioso del cual se pueden extraer las soluciones prácticas para los problemas del desarrollo histórico. El marxismo es la suma de los más claros conocimientos de la humanidad. El resultado de la evolución de la ciencia y del pensamiento a través de los siglos. Es una doctrina filosófica, una interpretación objetiva y, por tanto, válida, del universo, del mundo y de la vida, basada en la teoría del materialismo y en el método de la dialéctica.

Como doctrina filosófica, el marxismo se llama materialismo dialéctico. Como explicación de las leyes que rigen la evolución de la sociedad humana, se llama materialismo histórico. Y como explicación de las leyes que conducen el desarrollo del régimen capitalista y de su tránsito al sistema socialista, se llama socialismo científico. Si estas disciplinas afirman que el régimen capitalista está condenado a morir, porque lleva en su seno una contradicción congénita, lo que el marxismo postula es, sencillamente, la

vigencia de las leyes naturales propias del desarrollo histórico y de la evolución de la sociedad.

Condenar a una persona porque afirma la desaparición inevitable del régimen capitalista, de acuerdo con una convicción filosófica y una teoría científica de la realidad, equivale a revivir los procesos de la Santa Inquisición, que trataron en vano de prohibir la libre investigación, el progreso de la ciencia y la aplicación constructiva de la técnica.

El marxismo es, fundamentalmente, una explicación real de todo lo que existe, y un método para la acción frente a la realidad concreta, basados en las leyes naturales. Sólo los imbéciles pueden afirmar que el marxismo es un recetario de cocina para preparar, al antojo de los comensales, los platillos de su preferencia.

La sociedad capitalista está viviendo, a partir de su entrada en la etapa del imperialismo, sus últimos años, y su desaparición histórica es inevitable. Pero no es el marxismo el responsable de esa catástrofe que tanto aflige a los beneficiarios del capitalismo. El responsable es el mismo sistema capitalista; son las fuerzas que impelen a los propietarios de los grandes monopolios, movidos por su afán de ganancias cada vez más grandes, a explotar a la mayoría de su pueblo y a explotar a los demás pueblos del mundo.

El marxismo ha dejado de ser hace tiempo —a pesar de que deliberadamente se excluye su enseñanza de las universidades de los países capitalistas— la filosofía exclusiva de los miembros de los partidos comunistas, para convertirse en la guía cultural de todos los pueblos que se han liberado del capitalismo, y en la ideología y el método de investigación de todos los partidos democráticos y de los hombres y mujeres que constituyen la inteligencia en los diversos países del mundo. Creer que un marxista es un agente del gobierno soviético o del comunismo internacional, como afirma la torpe propaganda de la reacción, equivale a interpretar la historia de la manera más pintoresca, acusando, por ejemplo, a los partidarios de Galileo de haber sido, en su época, elementos subversivos contra el poder temporal de la Iglesia; a los seguidores de Erasmo, de avanzada ideológica de los Países Bajos; a los émulos de Copérnico, de agentes de Polonia; a los amigos de Descartes, de instrumentos de Francia; a los discípulos de Newton y después a los de Darwin, de policías de Inglaterra; a los hombres de la Enciclopedia como complotistas

pagados por la burguesía; a los simpatizadores de Marx y Engels, del siglo pasado, de provocadores al servicio de Alemania; a los alumnos de Becquerel y de Pierre y Marie Curie, descubridores del radio y de la radioactividad, de emisarios políticos de Francia y Polonia asociadas; a los admiradores de Einstein de propagandistas primero de Alemania y después de los Estados Unidos. Los ejemplos se pueden multiplicar hasta el cansancio.

La elección de una filosofía, como de todo auténtico saber, no depende del gusto personal, sino de la validez de la doctrina, y ésta se prueba en la práctica, en la comprobación de los hechos.

¿Qué filosofía, en oposición a la del materialismo dialéctico, han podido elegir los hombres de la época contemporánea?

¿El neokantismo de la segunda mitad del siglo XIX, que trató, en vano, de conciliar la ciencia con los aspectos idealistas —prioridad del pensamiento sobre la naturaleza— de la doctrina kantiana, y que después de la Primera Guerra Mundial cedió su lugar al neohegelianismo? ¿Esta corriente, que critica el sistema idealista objetivo de Hegel desde posiciones del idealismo subjetivo, coetánea del imperialismo, y que afirma que el hombre se hace más libre, entre más conoce a Dios; que la nación y el Estado son entidades eternas, a las que el hombre debe someterse, y que el contenido fundamental de la historia humana es la lucha entre las naciones y no entre las clases sociales? ¿Esta doctrina, que tuvo como exponente máximo a Giovanni Gentile, el filósofo del fascismo italiano y ministro de Instrucción Pública de Benito Mussolini? ¿El neopositivismo, que considera haber acabado con la filosofía y cuyo mérito consiste en dar una interpretación idealista y simplista de la experiencia y de la ciencia afirmando que la experiencia es sólo un conjunto de sensaciones o representaciones subjetivas, y que el papel de la ciencia queda reducido a la descripción y no a la explicación de los hechos? ¿La filosofía de la existencia, mezcla de una concepción romántica, anticientífica, del impulso vital, que ignora la unidad esencial de los fenómenos del universo? ¿La nueva edición de la metafísica medieval, con tomistas reconstruidos o partidarios de la fenomenología del espíritu, en pleno auge de la física? ¿O acaso las últimas formas del discurrir, que aspira a ser filosófico, alrededor de la necesidad de darle nuevo empuje a la vida humana, huyendo de la naturaleza única e indivisible y en constante movimiento contradictorio,

como el llamado existencialismo, en el que se refugian los intelectuales mediocres de la clase media, espantados por la grandiosa crisis de nuestro tiempo?

En vano estas filosofías mecanicistas y espiritualistas, es decir, partidarias de la prioridad de las ideas sobre la realidad que se halla fuera del hombre, han pretendido y tratan de justificar su posición, afirmando que el progreso portentoso de la ciencia y, particularmente de la física, no prueba la esencia material del mundo y de la vida, porque mientras más se ahonda en el estudio del átomo se llega a la conclusión de que la materia se esfuma, y proclaman "la quiebra del determinismo" la "indeterminación fundamental de las leyes de la naturaleza" y hasta el "libre albedrío del átomo".

La física de nuestros días no ha puesto en crisis a la explicación materialista y dialéctica de la naturaleza, sino a su explicación mecanicista. Ha puesto en crisis a las leyes formuladas para una concepción falsa y anticuada de la materia. La física clásica, con sus corpúsculos que se desplazan y actúan unos sobre otros, en un espacio vacío, hace muchos años dejó de existir. La física de Newton, con su espacio vacío y su tiempo absoluto, que existe por sí mismo, y sus fuerzas que emanan de los cuerpos, no puede ser ya postulada. La teoría del éter —fluido sutil, invisible e imponderable— para llenar el espacio newtoniano, hoy resulta absurdo. Albert Einstein ha hecho desaparecer a esos fantasmas del espacio y del tiempo independientes de la materia, y ha descrito el espacio-tiempo como una realidad concreta, que posee propiedades geométricas y aun físicas abriendo un horizonte ilimitado a la ciencia. Lo que está en crisis es la idea clásica de la materia invariable y el materialismo mecanicista, porque la única propiedad de la materia, como ya afirmaba Lenin desde 1909, es la de ser una realidad objetiva, la de existir fuera de nuestra conciencia, desde una estrella hasta el propio pensamiento del hombre.

Pero sobre la polémica teórica están los hechos. Si la filosofía ha de ser el conocimiento de la verdad para servirse de ella y elevar a la humanidad hasta la justicia, la libertad y el arte, y no pasatiempo de desplazados de la vida, ¿en dónde están los éxitos del neokantismo, del neohegelianismo, del neopositivismo, de la filosofía de la existencia, de la nueva metafísica, de la fenomenología y del existencialismo?

Si el mundo capitalista estuviera regido por la verdad, por una filosofía válida, y el mundo socialista estuviera presidido por una teoría filosófica falsa, el panorama sería otro. En el mundo capitalista la producción económica, la democracia, la cultura, el arte, serían patrimonio de las mayorías y no, como son, propiedad de una minoría de privilegiados, y en el mundo socialista las cosas serían al revés también de como son, sin que la mentira pudiera alterarlas.

NUESTRA GLORIOSA HERENCIA CULTURAL, AMENAZADA

Nosotros amamos la manera mexicana de entender la vida y de luchar por elevarla, porque somos factor y producto de la comunidad espiritual de nuestra patria, formada en el curso de muchos siglos. No hay un solo hecho, un personaje, un documento que haya contribuido al acervo cultural de nuestro país, que nos sea ajeno y que no tengamos en cuenta cuando hablamos del pensamiento avanzado de nuestra época. Porque sabemos que la cultura, mientras un pueblo vive en lucha por su mejoramiento y su libertad, no declina ni se extingue, y cada uno de sus periodos entrega al siguiente sus obras, sus ideas y sus preocupaciones, obtenidas de lo más profundo del pueblo y de los principios de valor universal.

Por ello, así como hemos recordado a grandes rasgos, la formación y el desarrollo político de la nación mexicana, afirmando la continuidad de los ideales de su pueblo, también debemos proclamar con orgullo la continuidad del pensamiento superior de nuestro país, a través de los años, y los nombres de quienes, en proporción mayor o menor, nacidos en esta tierra o venidos a ella para dedicar su vida a servirla, han contribuido a darle a México su carácter propio y su conciencia de país singular e inconfundible.

En el tronco poderoso y vital de la población indígena se incorporaron la sangre y el pensamiento, las virtudes y los vicios de los españoles durante tres siglos y a través de algunos llegaron a nuestro país las modernas ideas universales. Así fue formándose y creciendo el nuevo pueblo que crearía nuestra nación y lucharía por su independencia.

Todos los que cooperaron en esta obr., la más grande que puede ser emprendida, deben recordarse cuando se trata de

precisar el carácter y las expresiones mejores de la cultura nacional, porque las ideas progresivas de hoy, que alientan a la mayoría de los mexicanos, son la continuación lógica de las mejores ideas del pasado.

México es la patria formada por las culturas autóctonas, entre las que sobresalen la gran cultura olmeca, raíz de todas, y sus mejores frutos: la azteca y la maya. Poesía bella y profunda, sin que la lengua contara con alfabeto y prosa hablada, elocuente y sobria, de extraordinaria claridad y concisión y llena de múltiples matices. Cómputo del tiempo de mayor exactitud que el de los europeos. Arquitectura grandiosa, armonía perfecta de la estructura material de la fábrica y de la escultura y la pintura. Artes menores llenas de imaginación y elegancia. Amor entrañable y honda reverencia hacia la tierra y hacia sus dones. Señorío natural, resultado de un carácter austero y discreto, de una gran confianza del hombre en sí mismo y de un arrojo insuperable, que si a veces lleva hasta el sacrificio de la vida no hace sino acrecentar las cualidades viriles.

Apenas consumada la conquista empieza el mestizaje. No sólo el de la sangre, sino también el del pensamiento. A veces prevalece lo hispánico, en ocasiones lo indígena, hasta que la nueva voz, con propio contenido, expresará para siempre los ideales del pueblo nuevo.

Frente a los soldados del conquistador, ávidos de riquezas, se levantan el pensamiento y la obra de los frailes misioneros, imbuidos del humanismo del Renacimiento, que ha logrado colarse a través de los muros de la España feudal: Bartolomé de las Casas, Pedro de Gante, fundador de la primera escuela de América, Toribio de Benavente, llamado "Motolinia" — "el pobre" — Juan de Zumárraga y el iluminado utopista Vasco de Quiroga.

En el Colegio de Tlatelolco, hecho para educar a lo que podría considerarse la aristocracia indígena, se forman Antonio Valeriano, llamado el Cicerón indio; Antonio Huitziméngari, hijo del rey tarasco Caltzontzin; fray Diego Valdés, el mestizo de Tlaxcala; se escribe la primera obra sobre las yerbas medicinales del país, por el indio Martín de la Cruz, que ha de ser conocida por su traductor al latín, el indio Juan Badiano. La crónica y la historia mueven la pluma de "Motolinia", Bernardino de Sahagún, Gerónimo Mendieta, Diego Durán, entre los españoles, y los mestizos e indios

escriben también sobre el pasado: Hernando Alvarado Tezozómoc; Fernando de Alva Ixtlixóchitl, el cacique maya Ah Nakuk Pech. El alegato de De las Casas en defensa de la población nativa, es la obra política más importante del nuevo país en formación.

Los misioneros, urgidos de incorporar a los indígenas en la fe católica, emplean todos los medios a su alcance, previo el aprendizaje de sus lenguas. De ahí surge el teatro misionero, mezcla de los relatos orales y de las danzas indígenas, con coros y representaciones de la nueva religión. Este teatro se transformará después en el teatro europeo con sello mexicano y producirá al primer dramaturgo oriundo de América, el presbítero José Pérez Ramírez.

Al terminar el primer siglo del régimen colonial, Cervantes de Salazar destaca como escritor, pero sobre todo, como gran humanista, y surge Bernardo de Balbuena que, según Menéndez y Pelayo, es el primer poeta genuinamente americano, al contribuir a la formación de nuestra cultura con su espléndido poema sobre la grandeza mexicana.

En ese siglo se establece la primera imprenta en México. El 12 de junio de 1639 celebran contrato, para ese fin, los tipógrafos Juan Cromberger, alemán, y Juan Pablos, italiano, originario de Brescia. Ella sería la piedra angular para la difusión de las artes literarias, las normas jurídicas y las ideas políticas. El primer libro impreso que hasta hoy se conoce es la *Breve y más compendiosa doctrina cristiana*, en lengua mexicana y española.

El siglo XVII, el primero del Virreinato ya sólidamente estructurado, produce tres personajes de valor universal, que despiertan en Europa un nuevo interés por México y una justificada admiración por su obra: Juan Ruiz de Alarcón, sor Juana Inés de la Cruz y Carlos de Sigüenza y Góngora. El primero se educa aquí y de veinte años parte a España para dar mayor brillo a su Siglo de Oro; sor Juana, a pesar de la brevedad de su vida creadora, que parece relámpago, es hasta hoy la figura más grande de la lírica mexicana, pero fue también un caso extraordinario de amor al saber, preocupándose por igual de las matemáticas y la historia. Sigüenza y Góngora, discípulo de Descartes y enemigo de la tradición escolástica, fue poeta, matemático, astrónomo, cosmógrafo, historiador, cronista, biógrafo y técnico en fortificaciones y artillería. Investigó las civilizaciones indígenas y, como dice Alfonso Reyes,

representa y suma toda la cultura de la Nueva España de su tiempo.

Estas tres grandes figuras preparan, en el terreno del pensamiento, el siglo XVIII que es sin duda, dentro de los límites impuestos por el régimen político de la Colonia, según el juicio de Pedro Henríquez Ureña, el siglo de mayor esplendor autóctono que ha tenido México. Ya no son la literatura y la historia las preocupaciones exclusivas de los que estudian y crean: el hombre empieza a ser comprendido como un ser de derechos en el escenario del mundo, y el pueblo, como la fuente de las fuerzas motrices de la historia, de la libertad y la justicia.

Francisco Javier Gamboa es jurista y teólogo al mismo tiempo; José Ignacio Bartolache, físico y matemático; Antonio León y Gama, matemático, astrónomo y arqueólogo; José Antonio Alzate, hombre dedicado a la investigación científica y a la difusión del pensamiento en su *Gaceta de Literatura*. Estos hombres son, guardando las proporciones, semejantes a los del Renacimiento italiano, artistas, pensadores y hombres de ciencia que tuvieron como centro de sus preocupaciones al hombre y su posibilidad de elevación.

Francisco Javier Clavijero, historiador eminente, era como aquéllos, un humanista que conocía las lenguas vernáculas; por ellas penetraba en la esencia de lo mexicano. José Agustín Almada escribió el mejor tratado de lengua azteca conocido hasta entonces. Las figuras de Diego José Abad, Francisco Javier Alegría y Rafael Landívar, nacido éste en Guatemala y educado en México, enriquecen la cultura nacional en vías de consolidación. En el poema de Landívar, *Rusticatio Mexicana*, nuestro país crece hacia adentro y hacia afuera.

Los historiadores como Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, Lorenzo Boturini y Andrés Cavo, prosiguen la obra del descubrimiento del México antiguo. La filosofía logra reunir a un grupo brillante de pensadores que, sin atreverse a romper el pensamiento ortodoxo del régimen, reflejan, sin embargo, en sus escritos, las ideas de Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Diderot, Newton, Adam Smith, ellos son Juan Benito Díaz de Gamarra, Francisco Javier Clavijero, Manuel Mariano Iturriaga, entre los principales, y el bachiller Miguel Hidalgo y Costilla, que habría de iniciar, años más tarde, la independencia de la patria.

México ya no puede ser confundido con España, y aunque es su colonia todavía, lo que de ultramar nos llega adquiere inmediatamente un sello propio. Los mineros ricos y otros sectores acaudalados, junto con la pequeña corte virreinal, beneficiarios del sistema social establecido, impulsan la arquitectura. Es el periodo del barroco, que en México se vuelve jactancioso y retador, pero que a pesar del lujo y la presunción que lo caracterizan, produce obras magníficas como el Sagrario de la Catedral Metropolitana, el Colegio de los Jesuitas de Tepozotlán, el convento de Santa Rosa en Querétaro y la Iglesia Parroquial de Taxco.

La pintura que tuvo, indudablemente, sus mejores artistas en el siglo anterior —Echave, Juárez y Arteaga— produce también artistas de renombre, como José Luis Rodríguez Alconedo, que algunos lo consideran como nuestro Goya.

Pero ya al final del siglo el barroco, llamado churrigueresco por don José Churriguera, sin que éste haya influido de manera decisiva en el estilo, es remplazado por el neoclásico, cuya figura mayor es el arquitecto Francisco Eduardo Tresguerras, que manejó con talento el barroco, como en Santa Rosa, y construyó El Carmen, de Celaya, la última iglesia que puede llamarse obra de arte en nuestro país.

La Revolución de Independencia, desde el punto de vista cultural, es un gran estímulo para los inconformes y rebeldes. El Cura de Dolores, Miguel Hidalgo, es el más destacado de todos; el último de los humanistas del régimen colonial y el primero de la vida independiente de México. Conocedor de las principales lenguas europeas e indígenas; traductor de Molière, cuyas obras llevaba a la escena para educar a sus feligreses; continuador superado de la obra de Vasco de Quiroga, e iluminado por las ideas de su siglo, era el indicado para iniciar no sólo con las armas la destrucción del Virreinato, sino también con sus ideas y su palabra.

Andrés Quintana Roo es el primer gran poeta de la Independencia, y junto a la poesía, la prosa, la historia, la polémica política, ya sin trabas, se expresan con fuerza en fray Manuel de Navarrete, fray Servando Teresa de Mier y José Joaquín Fernández de Lizardi —“El Pensador Mexicano”— cuyo *Periquillo Sarniento* es la primera novela de un americano, impresa en nuestro continente.

Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio y Guillermo Prieto, ese cuádrivio excepcional del pensamiento, hace brillar las letras, difunde los principios de la democracia y fortalece la conciencia nacional.

En medio de la tremenda lucha ya descrita, la poesía, el teatro y la novela influyen en la opinión pública y contribuyen a las victorias del movimiento liberal. Sólo los románticos que se apartan de la lucha son inertes, pero los románticos que ven hacia el porvenir mantienen la fragua del pensamiento y su aplicación política.

La Academia de Letrán, de la cual Guillermo Prieto es uno de sus iniciadores, durante veinte años (1836-1856) es el centro cultural de importancia. De ese grupo, José Joaquín Pesado prosigue la obra de Balbuena y garantiza la vigencia del género literario nacional para el futuro.

La novela, con Luis G. Inclán, que podría llamarse heredero de "El Pensador Mexicano", inicia la literatura realista. El teatro no llega a la altura de las otras manifestaciones culturales, aun cuando Manuel Eduardo Gorostiza, Francisco Calderón e Ignacio Rodríguez Galván, en la primera mitad del siglo XIX, producen obras valiosas.

Los historiadores de esta época, particularmente Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora y Lucas Alamán, son investigadores valiosos, porque su gran cultura les permite examinar los problemas sociales con nuevos métodos, y su dominio de la lengua da a sus trabajos, científicos y polémicos, el vuelo de verdaderas obras de arte.

Desaparecida la Academia de Letrán, en 1856, Francisco Zarco e Ignacio Manuel Altamirano fundan el Liceo Hidalgo. Este último escritor, indio de raza pura, no sólo fue un destacado intelectual y político, sino el gran educador de su tiempo.

Sería injusto olvidar otros nombres de importancia en los diversos campos de la cultura, pero ante la imposibilidad de mencionar a todos, recuerdo a Manuel M. Flores, precursor del modernismo; a Joaquín Arcadio Pagaza, el gran poeta bucólico; a Manuel Payno y Vicente Riva Palacio, que enriquecen la obra de Luis G. Inclán; a José Tomás Cuéllar ("Facundo"), el gran realista de la novela mexicana, cuyo estilo continuaran después Emilio Rabasa, José López Portillo y Rojas y Rafael Delgado.

En la historia destacan Manuel Orozco y Berra y Joaquín García Icazbalceta. En el teatro José Peón Contreras. Y en la pintura, José María Velasco.

Ya al finalizar la centuria, la paz porfiriana, que muchos críticos del arte consideran propicia para la producción artística, facilita en verdad el trabajo literario; pero descontando el valor indiscutible que tienen algunas de las producciones, la mayoría se halla tan alejada del pueblo y de los grandes problemas de la nación, que sus autores caen en el refugio de pequeños círculos de escogidos. Eso fueron los literatos de la revista *Azul*, fundada por Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, y de los de la revista *Moderna*, creada por Amado Nervo y Jesús C. Valenzuela.

La mayor parte de los hombres ilustrados del porfirismo miraba hacia Europa y, particularmente, hacia Francia, que al concluir el siglo XIX no era precisamente modelo digno de imitarse en ningún sentido. Por eso se levantaron palacios, monumentos y edificios absurdos para un país cuyo pueblo estaba a punto de estallar, movido por el hambre y la falta de libertades, como el Teatro Nacional —que hoy llamamos Palacio de las Bellas Artes— y el Palacio Legislativo, cuyo esqueleto ha sido consagrado como Monumento a la Revolución.

De esa época hay, sin embargo, un nombre de excepcional importancia: Gabino Barreda, el fundador de la Escuela Nacional Preparatoria y el educador más grande que ha tenido México. Es cierto que su concepción de la cultura fue incompleta y que no pueden despreciarse las humanidades —las letras y la filosofía— para dar al hombre una noción cabal del mundo y de la vida, y que la doctrina positivista que sustentaba era falsa; pero es verdad también que la cultura que no se basa en la ciencia será siempre epidérmica y deleznable, porque la fantasía no puede remplazar a la razón ni las intuiciones y los prejuicios a la verdad objetiva. Barreda educó a muchas generaciones y ni la actual ni las que vienen podrán prescindir de los fundamentos de su concepción pedagógica y cultural.

Otra figura que merece mencionarse es la de Justo Sierra. Fue historiador y pedagogo eminente, encuadrado dentro del tremendo marco del gobierno porfirista. Equivocado respecto del carácter y de la significación social del régimen al que pertenecía, su saber, su sensibilidad y su amor a México lo impulsaron a

producir el más brillante juicio que el liberalismo escribió acerca de la evolución histórica de nuestro pueblo y, particularmente, sobre la etapa grandiosa de la Reforma. En 1910 creó la Universidad Nacional, abriendo las puertas de la inquietud hacia todos los rumbos.

La nueva generación, que al realizarse el Primer Centenario de la Independencia Nacional vivía entre las tenazas de la preocupación por el saber profundo y la realidad quemante de un pueblo decidido a destruir el pasado, formó con sus mejores elementos el Ateneo de México, precedido por la revista *Savia Nueva*, la Sociedad de Conferencias y el Ateneo de la Juventud. Figuraron muchos —no quisiera omitir el nombre de ninguno— pero recuerdo los de Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Jesús T. Acevedo, Alfonso Cravioto, Ricardo Gómez Robelo, Federico E. Mariscal, Carlos González Peña, José Escofet, Alberto J. Pani, Alfonso Pruneda, Martín Luis Guzmán y al gran animador del grupo, el joven sabio Pedro Henríquez Ureña. La Revolución los dispersó y no todos siguieron el camino que habían iniciado.

En otros hombres, como en los que formaron el Ateneo, existía una preocupación profunda. El formidable movimiento del pueblo, que descubrió a México para los mexicanos, en toda su miseria y su grandeza, les enseñó el camino a seguir. Así surgen los precursores del periodo actual: Manuel M. Ponce, el primer músico que expresa en sus obras el nuevo nacionalismo, inspirado en melodías populares, al México vivo, con sus luchas, sus amores y sus esperanzas. A partir de su revolucionario concierto de 1912, nuestra música se desarrolla hasta llegar a Silvestre Revueltas, quien la hace universal a fuerza de brillante y hondamente mexicana. Saturnino Herrán en la pintura, con atisbos valiosos de lo propio nuestro, que el Doctor Atl levantaría hasta una nueva revelación de nuestro paisaje fuerte y solemne, y José Clemente Orozco, la haría culminar en su obra de ímpetu cósmico. Y Ramón López Velarde en la poesía, que mira amorosamente a la provincia desvalida y siente la fuerza del México que ha vuelto a cruzar en el fuego de la guerra civil.

Es difícil acertar en una selección de los hombres que han contribuido a la formación de un país y a la defensa de los intereses del pueblo y de la nación, en cualquiera de sus aspectos. No sólo porque los méritos pueden ser exagerados o disminuidos,

sin quererlo, sino porque cuando la riqueza es grande, como sucede con la nuestra, escoger entre los mejores es tarea que apasiona y aflige, pues es necesario, para el juicio definitivo, saber si los señalados fueron fieles hasta el final a sus convicciones y a sus obras de los mejores momentos de su vida, y si el saldo de éstas merece el respeto de la historia. Pero si se me pidiera mi opinión respecto de los grandes creadores de México, sin hablar de los que viven, no vacilaría yo en decir que esta es la patria de Quetzalcóatl, no importa que haya sido realidad o mito; de Cuauhtémoc, Bartolomé de las Casas, sor Juana Inés de la Cruz, Carlos de Sigüenza y Góngora, Miguel Hidalgo y Costilla, José María Morelos, Benito Juárez, Valentín Gómez Farías, Gabino Barreda, Ricardo Flores Magón, Francisco I. Madero, Emiliano Zapata y Francisco Villa.

El Partido Popular se ha inspirado en esa stirpe para servir a la patria y contribuir a engrandecerla, porque es hijo del pueblo. Y hoy, más que nunca, porque no sólo está en peligro nuestra independencia económica y política, sino también nuestro perfil histórico, nuestro modo de valorar la existencia, nuestra concepción de las relaciones entre los hombres y los pueblos.

El imperialismo yanqui se ha propuesto —como una de sus tareas de posguerra— asegurar su influencia económica creciente sobre la América Latina, con la presión redoblada sobre los gobiernos, el movimiento obrero y la prensa, y concertando pactos militares con cada uno de los países que la forman. Pero ha puesto especial interés en la conquista espiritual de nuestros pueblos porque sabe bien que mientras éstos mantengan su fisonomía cultural, los grilletes materiales que les ha puesto pueden romperse con un solo movimiento brusco.

En el informe al Presidente, que el embajador especial, Milton S. Eisenhower, presentó a su hermano, el 18 de noviembre de 1953 —acerca de las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina— comentado por mí en el anterior Consejo Nacional del Partido Popular y que calificué de “Un Plan Tanaka para la conquista de la América Latina”, ese propósito ha sido formulado de la manera más ruda y clara: borrar desde sus bases la cultura latina en la América no anglosajona; remplazarla por la de los Estados Unidos; hacer del continente una sola unidad espiritual; unificar el pensamiento superior de todos los pueblos americanos;

revisar su historia, y llegar a la creación de una cultura continental americana, que asocie a todos sus habitantes, para el porvenir, en todas las empresas que el destino histórico le ha confiado al imperialismo yanqui.

Nosotros, nuestro partido, levantándose contra esa terrible amenaza de borrar no sólo nuestra independencia económica y política, sino nuestra personalidad espiritual, nos colocamos orgullosamente bajo el amparo de la gran tradición cultural mexicana y nos inspiramos en sus ideas de libertad, progreso y justicia, para continuar la secular lucha de nuestro pueblo por una vida digna y grande.

LAS NUEVAS TAREAS

Los hechos que hemos mencionado y analizado, cuya magnitud y trascendencia no escapan a nadie, nos imponen la necesidad de examinar, a fondo, los problemas de la orientación, la estrategia y la táctica del Partido Popular.

El Partido Popular adolece de muchas fallas y defectos. Algunos son el producto de su breve vida en el seno de un país sin antecedentes de organización política desarrollada y otros son defectos y fallas de quienes militamos en sus filas. Pero a pesar de estas limitaciones orgánicas y de ambiente, el Partido Popular puede enorgullecerse, de manera legítima, de la contribución que hasta hoy ha dado a las luchas de nuestro pueblo por la independencia nacional, la democracia y la paz.

No ha habido un solo acontecimiento de importancia verdadera respecto del cual nuestro partido haya dejado de exponer su opinión, para que el pueblo se oriente de manera justa. Apenas nacido, el Partido Popular hizo una crítica severa a la desvalorización de nuestro peso, durante el régimen del presidente Miguel Alemán, señalando la falsedad de la política económica del gobierno y, desde entonces, ha mantenido esa actitud de vigilancia ágil y certera con relación a los problemas de nuestro pueblo y de nuestro país.

En 1952, el Partido Popular postuló su candidato a la Presidencia de la República, con un programa fruto del proceso histórico de nuestro país, y realizó una memorable e histórica campaña de

gran elevación ideológica, de certero sentido político y de gran aliento popular.

Sin embargo, los acontecimientos de los últimos años en el terreno internacional y en el campo de nuestra vida interior, plantean para el Partido Popular la necesidad de examinar su propio carácter y sus métodos de lucha.

El Partido Popular nació como un partido de coalición de elementos patriotas de diversas ideologías, pero ahora tiene que consolidarse rápidamente para convertirse en un partido capaz de promover y dirigir la nueva etapa de la revolución antimperialista y democrática del país.

Para ello debe acentuar en su programa sus objetivos antimperialistas y democráticos. Debe expurgarlo de toda indefinición o ambigüedad respecto del carácter profundamente antimperialista de la revolución. Debe desarrollar sus tesis hasta formular una teoría completa de la Revolución Mexicana en su nueva etapa y de los caminos acertados de esta Revolución.

El Partido Popular no puede ser dirigido por varias concepciones sobre la Revolución Mexicana y sobre la estrategia y la táctica a seguir. Una sola preocupación debe dirigir al partido: la necesidad de desarrollar la revolución antimperialista y democrática de México, con las fuerzas del pueblo, bajo la dirección ideológica y práctica del proletariado, aliado en primer lugar a los campesinos, a las clases medias, y cuanto sea posible, a la burguesía democrática y progresista.

Las tesis vacilantes o ambiguas respecto al imperialismo y la lucha contra el imperialismo, no pueden tener sitio dentro del Partido Popular. Tampoco pueden caber en él las concepciones de lucha y de organización que la historia ha demostrado como falsas o contraproducentes.

El Partido Popular tiene necesidad, por tanto, de adecuar sus tesis y su organización, sus métodos de trabajo y de lucha, a las condiciones existentes en México y en el mundo. Debe formular sus propios medios y métodos de acción, tomando en cuenta la rica experiencia de todos los pueblos y, muy particularmente, la enorme y rica experiencia de la historia de México.

Esto quiere decir que las fuerzas directrices del partido deben ser fundamentalmente los obreros, los campesinos y los intelectuales revolucionarios, tomando en cuenta, sobre todo, la lealtad

al pueblo y al programa del partido; la capacidad teórica y práctica y la tenacidad en el trabajo y en la lucha. Estas deben ser las condiciones esenciales de los dirigentes del partido.

La organización del partido debe ser una organización de tipo moderno, como lo aconsejan las luchas de nuestra época, y el nivel de disciplina dentro del partido debe ser un alto nivel. Porque no sería posible permitir —si hemos de realizar tareas de trascendencia histórica, como las que hemos señalado— la militancia circunstancial, esporádica o la participación puramente simbólica de los miembros del partido, así como la libertad de cada uno de sus miembros para opinar, sin consulta y autorización de los órganos directivos, respecto de los problemas del pueblo y de la nación. Debemos tender desde luego a establecer una sola disciplina para los miembros, dirigentes o de fila, y una disciplina de tipo popular revolucionario.

Al ajustar, así, su carácter y su orientación, el Partido Popular no hace sino ser consecuente con la línea inicial y fundamental que le dio vida. Sólo que las premisas en que se fundó no pudieron ni pueden permanecer estáticas frente a los cambios que se han operado y siguen operándose en la vida social.

Tal como se fundó el partido en 1948, ya era un tanto distinto a como lo concebimos sus primeros iniciadores en 1947. En 1951 era diferente al de 1948. Y después de la campaña electoral de 1952, el Partido Popular era visiblemente distinto al Partido Popular de sus primeros años.

Nuestra meta fundamental es la lucha contra el imperialismo que oprime a nuestro país. Debemos ser consecuentes con esa meta, aprovechando todos los medios ideológicos y prácticos necesarios para oponernos eficazmente al imperialismo. Si no lo hiciéramos así, seríamos simples ilusos.

En el futuro, indudablemente nuestro partido deberá marchar también de acuerdo con los acontecimientos. Hay que concebirlo no como un partido delineado de una vez o inmóvil, sino como un partido revolucionario en desarrollo, en pleno movimiento, dispuesto siempre a dar pasos adelante para no quedarse atrás de los acontecimientos y para estar en capacidad siempre de interpretar el rumbo de la historia contemporánea y las tendencias más profundas de nuestro pueblo.

En este camino, nuestro partido debe buscar su orientación en las tendencias del pueblo, en sus anhelos, en sus necesidades y también en el conocimiento más amplio y preciso de la realidad histórica nacional e internacional.

Nuestro partido se ha inspirado siempre en el pueblo, pero también en la ciencia política moderna. Sus aciertos se deben a esta doble inspiración. Sus errores deben atribuirse al olvido o al descuido que le han hecho, en ocasiones, no seguir con firmeza esta inspiración del pueblo y de la ciencia política moderna.

No se puede luchar eficazmente ni contra el imperialismo ni por la verdadera independencia nacional, sin el auxilio de esta ciencia, que es la doctrina del proletariado, clase social en cuyas filas hemos militado y nos hemos educado quienes dirigimos actualmente el Partido Popular.

Un verdadero partido popular, un partido integrado por obreros, campesinos e intelectuales revolucionarios, que quiera vivir y luchar a espaldas de esta doctrina científica de la clase obrera, está condenado al fracaso, y vivirá y trabajará a ciegas, sujeto a las influencias ideológicas de las clases sociales sentenciadas a desaparecer, sin perspectiva clara de la marcha de los acontecimientos.

Ha llegado el momento en que nuestro partido debe estudiar profundamente esta cuestión. Los elementos principales del examen son: la historia de México y su realidad actual; la situación internacional; la esencia de los problemas actuales de nuestro pueblo y la situación misma del Partido Popular.

No se trata de precipitar ningún ajuste en nuestro partido ni de colocarle, por decreto de su dirección, una etiqueta. Se trata de abrir una discusión amplia y honda de todo el partido y de grandes sectores del pueblo, en torno a las cuestiones fundamentales que hemos planteado. Esta discusión debe realizarse en contacto directo con los problemas inmediatos.

No debe tener el carácter de una discusión de gabinete, sino de una comprobación con la lucha diaria, y debe culminar, después de algunos meses de intenso trabajo ideológico y práctico, en la asamblea nacional, que es el órgano supremo del partido.

Por esta razón, este documento que ahora presento al consejo nacional debe considerarse como una base para la discusión a lo largo de todo el partido; discusión que debe cerrarse y dar sus resultados en la Segunda Asamblea Nacional.

Hemos expresado antes con toda claridad y volvemos a afirmarlo, que la Revolución Mexicana ha tenido, tiene y seguirá teniendo un carácter y un cuadro estratégico propios, que no se deben confundir con los de ninguna otra revolución, de este o de cualquier otro continente.

La Revolución Mexicana iniciada en 1810, independientemente de su carácter de guerra de clases que hemos señalado, fue una revolución que arrojaba del continente americano la influencia de la monarquía española, antagónica al sistema republicano. Por eso fue vista con simpatía por los Estados Unidos de Norteamérica, que se habían liberado ya de la monarquía británica.

La Revolución Mexicana de 1850 a 1870 —la Revolución de Reforma— independientemente de su objetivo fundamental, de destruir el poder económico y político de la iglesia Católica, fue como la de independencia, un movimiento nacional que expulsaba del continente americano la influencia de la monarquía francesa, antagónica al sistema republicano. Por eso fue vista también con simpatía por los Estados Unidos de Norteamérica.

La revolución iniciada en 1910, fue un movimiento popular tendente a la destrucción del feudalismo. Por este su carácter burgués fue visto, en sus primeros años, con simpatía por los Estados Unidos de Norteamérica, que permitieron la libre acción de las juntas revolucionarias mexicanas en San Antonio en Texas, en San Luis Missouri y en Nueva York, y el paso de armas para los enemigos de la dictadura porfiriana.

Pero como la Revolución Mexicana de hoy no es un movimiento del pueblo contra los regímenes conservadores de Europa, sino fundamentalmente una revolución en favor de la independencia nacional y contra el imperialismo yanqui, es lógico que éste —y los acontecimientos de todos los días lo demuestran— trate de ahogar todas las luchas en favor de la autonomía y del progreso independiente de nuestro país.

Por eso deseamos, en este momento histórico, las formas violentas de la Revolución Mexicana, y en esto diferimos de la Revolución China que se realizó en un enorme país, teniendo como vecino al primer régimen socialista de la historia.

La revolución popular en México es, en la actualidad, una revolución cercada. Las formas violentas pueden traducirse en represión violenta contra las masas populares. Nuestra táctica

tiene que ser diferente a la empleada por los movimientos revolucionarios de otros países.

Por otra parte, en México, el frente único nacional es esencial. Debemos encontrar las formas de desarrollo pacífico de la revolución, que nos permitan avanzar en el camino de la revolución. Por eso la lucha electoral tiene una enorme importancia en nuestro país; una extraordinaria y peculiar importancia.

Debemos hacer de la vigencia real de las garantías individuales y de todos los preceptos de la Carta Magna —que permiten la lucha legítima de las masas populares y la educación política de nuestro pueblo— la base para la participación de los mejores mexicanos en el poder público, desde los ayuntamientos hasta el gobierno de la Federación.

Es verdad que el desaliento que existe actualmente en el pueblo, debido al sistema electoral vigente y a la acción del PRI en las justas electorales, crea un clima inapropiado para emprender las luchas electorales con entusiasmo y confianza en la victoria. Pero la verdad es que nuestro pueblo no ha renunciado a ejercitar sus derechos. Basta ver lo que ocurre en los municipios y en los estados, cuando, por mandato de la ley, se convoca al pueblo para elegir a sus gobernantes. A pesar de todos los fraudes y de los reveses, a la siguiente elección el pueblo vuelve a luchar por llevar a los puestos públicos a los hombres y mujeres en los que tiene confianza.

Las luchas políticas no tienen sólo el valor de medios para alcanzar el poder, sino que son el único instrumento de educación política de que dispone el conjunto del pueblo. Esta es una tarea muy importante de los partidos democráticos como el Partido Popular.

IMPORTANCIA DE LA LUCHA ELECTORAL

Yo quiero llamar la atención especialmente acerca de la enorme importancia que representa la lucha electoral para la integración de los ayuntamientos, que son los gobiernos de los municipios. Esa lucha debe convertirse en uno de los principales objetivos del Partido Popular, porque en los ayuntamientos tienen más interés los grandes sectores del pueblo que en los otros órganos del gobierno, pues se trata de las autoridades en contacto directo con

los vecinos de una circunscripción, obligadas a resolver los problemas de interés colectivo de los que depende la vida cotidiana de la comunidad.

Para esas luchas es indispensable establecer la alianza entre los obreros, los artesanos, los pequeños comerciantes e industriales y los rancheros, y las demás capas medias de la sociedad que representan las mayorías aplastantes del pueblo.

EL NUEVO PROGRAMA

En cuanto a la revisión de nuestro programa, para enriquecerlo, la discusión que yo propongo al Partido Popular, y que debe iniciarse a partir de hoy entre todos sus miembros y en el seno de las asambleas locales, de los comités municipales y de los comités de los estados, dará sus frutos en la asamblea nacional, si a la luz de las reflexiones de este documento precisa el partido las demandas de nuestro pueblo en el terreno económico, político y cultural. Contamos, además, con un material de primer orden: nuestro programa inicial, discutido largamente; los documentos del partido en sus siete años de lucha; la Plataforma Electoral de 1952, y los discursos que nuestro candidato a Presidente de la República pronunció durante ella. En estos materiales se halla los trazos del régimen político que deseamos ver establecido: un gobierno auténtico del pueblo, una democracia de la mayoría y no de la minoría; las bases para la verdadera industrialización de nuestro país, punto de apoyo para la elevación del nivel de vida del pueblo; la liberación de México de las garras del imperialismo y el cambio de su política internacional, y también, en su esencia, la línea estratégica y táctica que desde hace ya largos años algunos de los fundadores del Partido Popular hemos preconizado y aplicado: la unidad de los obreros y los campesinos, como fuerza motriz para la unidad de todos los sectores sociales democráticos y antimperialistas, bajo la dirección del proletariado.

MENSAJE A LA JUVENTUD

Quiero dirigirme particularmente a los jóvenes del Partido Popular y a toda la nueva generación mexicana, para que mediten en la situación internacional y en la que vive nuestro país, así como

en sus perspectivas. Porque esa generación tomará en sus manos, en poco tiempo, de un modo natural, los destinos de México. Y lo peor que puede ocurrirle es que llegara a su madurez biológica sin una concepción clara y justa de la época en que va a actuar y de las posibilidades de progreso para nuestro pueblo y para la consumación de la independencia de la nación.

Yo he de acompañar todavía a mi pueblo, por muchos años, así lo espero, en sus grandes luchas, como uno de sus soldados; pero si no lo logro, quisiera tener la seguridad de que he podido transmitir a sus mejores elementos, por lo menos mi entusiasmo por la vida, mi confianza absoluta en el advenimiento de un régimen social, en todo el mundo, en el que las necesidades materiales estarán satisfechas de tal modo que la fuerza vital de la especie humana podrá servirse de la naturaleza para hacer de cada hombre y de cada mujer, dentro de una sociedad nueva, seres que cierren la prehistoria e inauguren las páginas de la historia de la humanidad, iluminadas por la justicia, la sabiduría y la belleza.

En ese mundo, México será una patria libre y feliz.

GUÍA BIBLIOGRÁFICA ELEMENTAL

Las obras que se recomiendan corresponden a los diversos capítulos del documento.

PROFUNDA CRISIS HISTÓRICA

Vicente Lombardo Toledano *El nuevo programa del sector revolucionario de México*. México, D. F., 1944.

—*La CTAL ante la guerra y ante la posguerra*. México, septiembre de 1945. (Contiene el texto y un comentario del Pacto Obrero-Industrial del 7 de abril de ese año.)

—*La América Latina frente a la política del Buen Vecino. Peligros graves para el porvenir. Soluciones*. México, D. F., 10 de julio de 1941.

—Actas taquigráficas de la Conferencia de Mesa Redonda de los Elementos Marxistas, para discutir el tema: "Objetivos y táctica del proletariado y del sector revolucionario de México, en la actual etapa de la evolución histórica del país". Publicadas en el diario *El Popular*, de la Ciudad de México, en el mes de enero de 1947. El discurso inicial de VLT se publicó también en un folleto con el título del tema de la conferencia.

—Versión taquigráfica de las sesiones de la Asamblea Nacional Constituyente del Partido Popular. Junio 20 y 21 de 1948. Y crónica de la misma asamblea publicada por *El Popular*, durante los días del 20 al 22 del mismo mes.

—*Razón histórica, Principios, Programa y Estatutos del Partido Popular*. México, D. F., junio de 1948.

EL PANORAMA INTERNACIONAL

Lewis H. Morgan. *La sociedad primitiva, o investigaciones en las líneas del progreso humano, desde el salvajismo hasta la civilización, a través de la barbarie*. Editorial Lautaro. Buenos Aires, Argentina, 1946.

Federico Engels. *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Editorial Futuro. Buenos Aires. Argentina, 1946.

A. I. Sobolev. *La democracia popular, nueva forma de organización política de la sociedad*. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú, 1954.

Vicente Lombardo Toledano. *Diario de un viaje a la China nueva*. Ediciones Futuro. México, 1950.

- *La rebelión del mundo colonial contra el imperialismo*. México, D. F., 1950.
- *Victoria de la Revolución China*. México, 1951.
- *Dos conferencias sobre Israel*. México, D. F., 1951.
- *Confederación de Trabajadores de América Latina ante la Conferencia de Caracas*. México, D. F., 1954.
- Juan José Arévalo. *Guatemala, la democracia y el imperio*. Editorial América Nueva. México, D. F., 1954.
- Luis Cardoza y Aragón. *La revolución guatemalteca*. Cuadernos Americanos. México, D. F., 1955.
- Vicente Lombardo Toledano. "El panorama de la América Latina al concluir el año de 1954". Varsovia, noviembre de 1954. Publicaciones de la Federación Sindical Mundial.
- Problemas de Latinoamérica*. Director Manuel Marcué Pardiñas, Vol. II, núm. 1. Marzo de 1955. "La Conferencia de Nueva Orleans".
- Movimiento Mundial de la Paz. Resoluciones y documentos. 1949-1954. Editado por el secretario del Consejo Mundial de la Paz, con motivo del V aniversario del Movimiento Mundial de la Paz.

LA EVOLUCIÓN SOCIAL DEL PUEBLO MEXICANO

- Justo Sierra. *Evolución política del pueblo mexicano*. Fondo de Cultura Económica. México, D. F., 1950. (Historiador de la corriente liberal.)
- Emilio Rabasa. *La evolución histórica de México*. México, D. F. Librería de la Viuda de Ch. Bouret. 1920.
- Alfonso Junco. *Un siglo de México, de Hidalgo a Carranza*. Ediciones Botas, México, 1937. (Historiador de la corriente conservadora.)
- Ignacio M. Altamirano. *Historia y política de México. 1821-1822*. Empresas Editoriales, S. A. México, D. F., 1947.
- Lewis Henry Morgan. *Montesuma's Dinner—An Essay on the Tribal Society of North American Indians*. New York-Labor News Company, 1950. (La Universidad Obrera de México prepara una edición en español.)
- George C. Vaillant. *La civilización azteca*. Fondo de Cultura Económica. México, D. F. Varias ediciones a partir de 1941.
- Gonzalo Aguirre Beltrán. *Formas de gobierno indígena*. Imprenta Universitaria. México, 1953.

- Ángel María Garibay. *Historia de la literatura náhuatl*. Editorial Porrúa, S. A. México, D. F. (Tomo primero, 1953. Tomo segundo, 1954.)
- Sylvanus Griswold Morley. *La civilización maya*. Fondo de Cultura Económica. México, D. F., 1947.
- Guillermo Prieto. *El liberalismo económico*. Empresas Editoriales, S. A. México, D. F., 1954.
- Francisco Bulnes. *La Guerra de Independencia Hidalgo-Iturbide*. Talleres Linotipográficos de *El Diario*. México, D. F., 1910.
- Vicente Lombardo Toledano "Hidalgo y la Revolución de Independencia". *Revista de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo*. Núm. 32 (enero-marzo de 1954). (La Universidad Obrera de México prepara una nueva edición.)
- Félix F. Palavicini. *Historia del Congreso Constituyente de 1916-1917*.

NUEVO BALANCE DE LA REVOLUCIÓN

- José Domingo Lavín. *Inversiones extranjeras. Análisis, experiencias y orientaciones para la conducta mexicana*. EDIAPSA. México, D. F., 1954.
- Jenaro González Reina. *Minería y riqueza minera de México*. Monografía Industriales del Banco de México, S. A. 1944.
- José Crowley y otros. *Azufre. Notas sobre su importancia en el desarrollo de México*. EDIAPSA. México, D. F., 1953.
- Cristóbal Lara Beautell. *La industria de energía eléctrica*. Bajo la dirección del Departamento de Estudios Financieros de la Nacional Financiera. Fondo de Cultura Económica. México, D. F., 1953.
- Joaquín de la Peña y otros. *La industria siderúrgica en México*. Notas para una planeación de las materias primas. EDIAPSA. México, D. F., 1951.
- Carta de los Industriales Mexicanos de Transformación, y Memorias y documentos del Segundo Congreso Nacional de la Industria de Transformación. EDIAPSA. México, D. F., 1953.
- Vicente Lombardo Toledano. "El Drama de México. Nuestros grandes problema económicos". Conferencia en la Asociación Mexicana de Periodistas, el 12 de mayo de 1954. Publicada en los diarios *Excélsior* y *El Popular* del mismo mes, y por la Universidad Obrera de México.

- Vicente Fuentes Díaz. *Los partidos políticos en México. 1810-1911*. Edición del autor. México, D. F., 1954.
- Primer Centenario de la Constitución de 1824*. Obra conmemorativa publicada por la H. Cámara de Senadores de los Estados Unidos Mexicanos. Dirigida por el doctor D. Pedro de Alba y el profesor D. Nicolás Rangel. Talleres Gráficos Soria. México, D. F., 1924.
- Leyes Fundamentales de los Estados Unidos Mexicanos y planes revolucionarios que han influido en la organización política de la República*. Boletín de la Secretaría de Gobernación. Tomos I y II. 1923.
- Francisco Zarco. *Historia del Congreso Constituyente de 1857*. Imprenta I. Escalante, S. A. México, D. F., 1916.
- Leyes de Reforma. Gobiernos de Comonfort y Juárez (1856-1863)*. Empresas Editoriales, S. A. México, D. F., 1947.
- Porfirio Parra. *Sociología de la Reforma*. Empresas Editoriales, S.A. México, D. F., 1948.
- Pablo Macedo. "La evolución mercantil". "Comunicaciones y obras públicas". "La hacienda pública". Tres monografías escritas para la obra *México y su evolución social*, de la que forman parte. Se reimprimieron en un libro que lleva el título señalado, por la casa J. Balleca Editores. México, D. F., 1905.
- Ricardo y Jesús Flores Magón. *Batalla a la dictadura*. Empresas Editoriales, S. A. México, D. F., 1948.
- Francisco I. Madero. *La sucesión presidencial en 1910*. Escrita en San Pedro Coahuila, en octubre de 1908. Varias ediciones. La tercera es de la Librería de la Viuda de Ch. Bouret, de 1911. México, D. F.
- Jesús Sotelo Inclán. *Raíz y razón de Zapata*. Editorial Etnos. México, D. F., 1943.
- Andrés Molina Enríquez. *La revolución agraria de México*. Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. México, D. F. (1936-1937).
- Félix F. Palavicini. *Historia del Congreso Constituyente (de 1916-1917)*.
- Ley del 6 de enero de 1915*. Sobre la destrucción de los latifundios y el reparto de la tierra a los campesinos. Expedida en Veracruz por el primer jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza.

- "Pacto entre el Ejército Constitucionalista y la Casa del Obrero Mundial", suscrito en Veracruz, el 17 de febrero de 1915.
- Paulino Machorro Narváez. *La explotación del subsuelo por el Estado*. Talleres Tipográficos de *Excélsior*. México, D. F., 1934.
- Vicente Lombardo Toledano. *La libertad sindical en México*. Talleres Linotipográficos La Lucha. México, 1926.
- Constitución del PNR. Declaración de Principios. Estatutos*. Querétaro, 6 de diciembre de 1953.
- Pacto Constitutivo, Declaración de Principios, Programa y Estatutos del Partido de la Revolución Mexicana*. Marzo-abril de 1938. México, D. F. Editorial La Impresora de Turanzas del Valle.
- Proyecto de Declaración de Principios, Programa de Acción y Estatutos del Partido Revolucionario Institucional*. México, enero de 1946.
- Gontran Noble. *La Reforma Agraria en México*. Impreso en La Carpeta, S. A. México, D. F., 1949.

LA BURGUESÍA BURÓCRATA

- Raúl Ortiz Mena y otros. *El desarrollo económico de México y su capacidad para absorber capital del exterior*. Fondo de Cultura Económica, México, 1953.
- Vicente Lombardo Toledano. "Cómo ofreció el gobierno del licenciado Miguel Alemán el porvenir económico de México a los Estados Unidos. Necesidad imperiosa de un programa para el desarrollo económico autónomo de nuestro país". Conferencia sustentada en el Teatro de la Unión de Trabajadores de Periódicos Diarios, el 26 de septiembre de 1953. Se publicó en los diarios *Excélsior* y *El Popular*, en septiembre y octubre del mismo año.
- Manuel Germán Parra. *La industrialización de México*. Imprenta Universitaria. México, 1954.
- Agustín Fougue. *El Tratado de Comercio México-Americano*. Guión para una revisión equitativa. EDIAPSA. México, 1949.

LA REVOLUCIÓN NO HA FRACASADO

- CTM. 1936-1941*. Talleres Gráficos Modelo, S. A. México, D. F., 1941.

Confederación de Trabajadores de América Latina. *Por un mundo mejor. Diario de una organización obrera durante la Segunda Guerra Mundial, 1942-1946*. México, D. F., 1948.

REVOLUCIÓN POR CAMINOS DE PAZ
UNA FILOSOFÍA ANTE LA NUEVA INQUISICIÓN

Vicente Lombardo Toledano. "Espiritualismo versus materialismo dialéctico". En su libro titulado: *Escritos filosóficos*. Publicaciones de la Universidad Obrera de México. Talleres Gráficos de la Nación, 1937.

C. Marx y F. Engels. *El manifiesto comunista*. Diversas ediciones.

F. Engels. *Dialéctica de la naturaleza*. Leer por lo menos el prefacio. Existen varias ediciones en español. Una buena es la traducida por Augusto Bunge.

V. I. Lenin. *Materialismo y empiriocriticismo*. Leer el capítulo V, titulado: "La novísima revolución en las ciencias naturales y el idealismo filosófico". Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú, 1948.

J. Stalin. *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico*. Capítulo IV del libro: "Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS". Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú, 1939.

—*Problemas económicos del socialismo en la URSS*. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú, 1952.

J. B. Haldane. *La filosofía marxista y las ciencias*. Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, Argentina, 1946.

S. Vavilov. *Lénine et les problèmes philosophiques de la physique moderne*. Ediciones en Langues Etrangères. Moscú, 1953. (Próxima a publicarse en español por la Universidad Obrera de México.)

F. Konstantinou. *El papel de las ideas progresivas en el desarrollo de la sociedad*. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú, 1954.

V. I. Lenin. *¿Qué hacer?* Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú, 1947.

—*La enfermedad infantil del izquierdismo*. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú, 1941.

J. Stalin. *Cuestiones del leninismo*. Ediciones Sociales. México, D. F., 1941.

Mao Tse-tung. *La nueva democracia*. Editora Austral. Santiago de Chile, 1952.

NUESTRA GLORIOSA HERENCIA CULTURAL

Salvador Toscano. "El arte antiguo", en la obra *México y la Cultura*. Secretaría de Educación Pública. México, 1946.

Manuel Toussaint. "El arte en la Nueva España". *Ibidem*.

Justino Fernández. "El arte moderno y contemporáneo". *Ibidem*.

Alfonso Reyes. "Las letras patrias. De la época de la Independencia a nuestros días". *Ibidem*.

Julio Jiménez Rueda. *Historia de la literatura mexicana*. Ediciones Botas. (Varias Ediciones)

Antonio Castro Leal. *Las cien mejores poesías líricas mexicanas*. Varias ediciones. La cuarta, corregida, es de la Editorial Porrúa, S. A. México, D. F., 1953.

Vicente Lombardo Toledano. "Contenido y Trascendencia del Pensamiento Popular Mexicano". Mensaje de la Universidad Obrera de México a la UNESCO. México, D. F., 1947.

Pedro Henríquez Ureña. Dos de sus obras: *Historia de la cultura en la América Hispánica* (1947), y *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1949). Ambas publicadas por el Fondo de Cultura Económica. México, D. F.

Fernando Orozco D. "La Química (en México)". En la obra *México y la Cultura*.

Isaac Ochoterena. "La Biología (en México)". *Ibidem*.

Gabino Barreda. Carta que dirigió —el 10 de octubre de 1870— al gobernador del Estado de México, don Mariano Riva Palacio, explicando el Plan de Estudios de la Escuela Nacional Preparatoria. Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. Talleres Gráficos de la Nación. México, D. F., 1929. La carta fue publicada también en la obra: Gabino Barreda, *Estudios*. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. México, 1941.

Leopoldo Zea. *El positivismo en México* (primer tomo, 1953). *Apogeo y decadencia del positivismo en México* (segundo tomo, 1954). Fondo de Cultura Económica. México, D. F.

Justo Sierra. *Discurso al crearse la Universidad Nacional de México, el 22 de septiembre de 1910*. Diversas Ediciones. La UOM prepara una nueva edición.

Milton S. Eisenhower. "Informe al Presidente. Relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina". 18 de noviembre de 1953. Edición oficial en mimeógrafo, en lengua española. La Universidad Obrera prepara una nueva edición.

LAS NUEVAS TAREAS

Vicente Lombardo Toledano. *Discursos pronunciados durante la campaña electoral de 1952*. Ediciones de la Universidad Obrera de México. Colección del diario *El Popular*, de diciembre de 1951 a julio de 1952.



EDICIONES DEL PARTIDO POPULAR